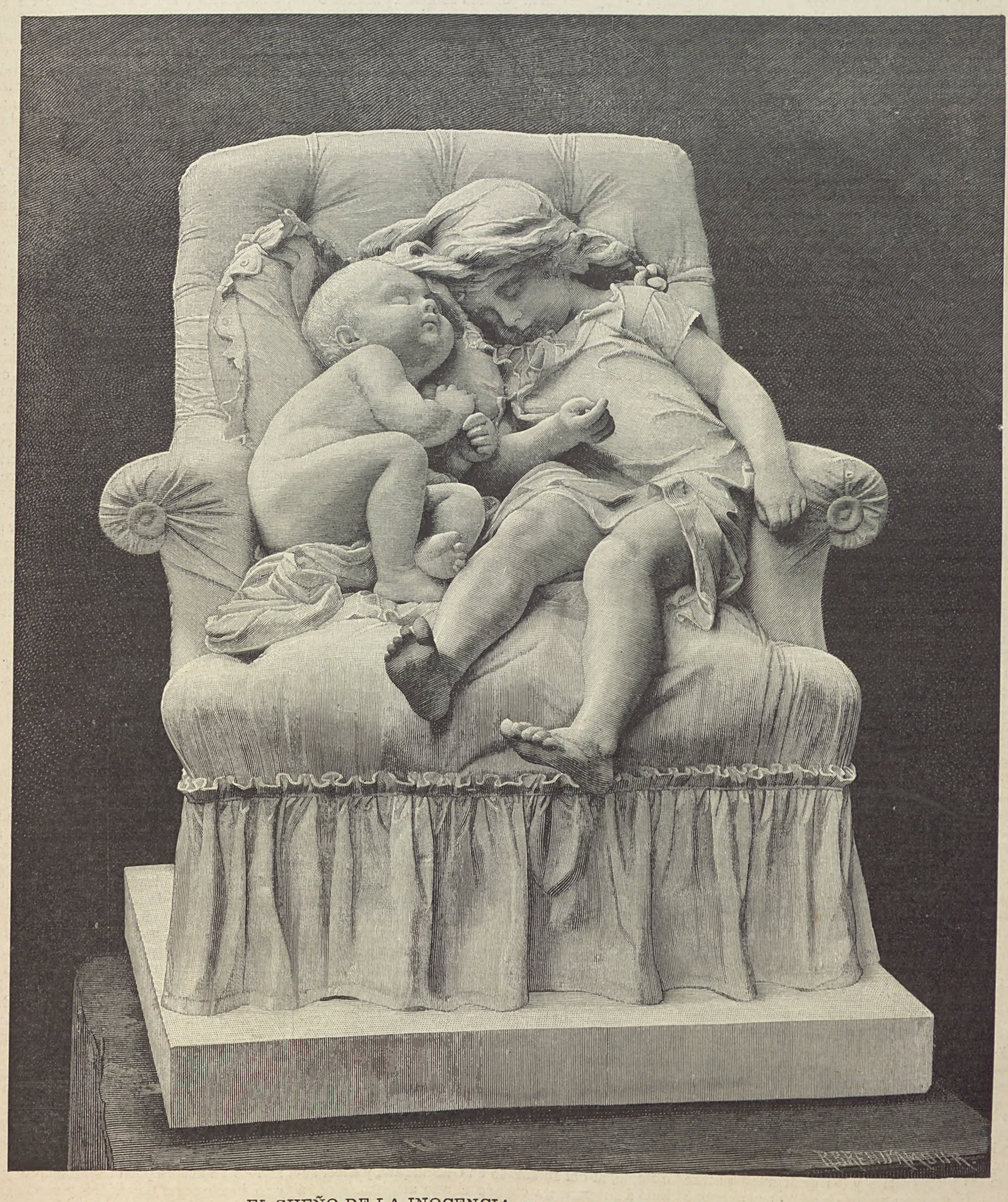
La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 566

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA, grupo escultórico de Croisy

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *Nostalgia*, traducido por M. Aranda. – *Los ainos velludos del Japón*, por Enrique Savage Landor. – Sección americana: *La Garza porteña* (conclusión), por Eva Canel. – *Nuestros grabados.* – *Cadenas* (continuación, novela italiana escrita por Cordelia, con ilustraciones de Antonio Bonamore. – Sección científica: *Motores hidráulicos*, por J. Lafargue. – *Los gemelos fotográficos*, por G. Mareschal. – *Consumo de carbón en el mundo entero.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *El sueño de la inocencia*, grupo escultórico de Croisy. – Tres grabados correspondientes al artículo titulado *Nostalgia*. – *La consagración del Graal*, cuadro 2.º del primer acto de la ópera de Wagner *Parsifal*, cuya música ha sido recientemente ejecutada con gran aplauso en el teatro Lírico de Barcelona. – *Los ainos velludos del Japón*, tres grabados, á los que se hace referencia en el texto respectivo. – *La muerte del torero*, cuadro de D. Salvador Viniegra. – *Una bacanal*, cuadro de Siemiradzki. – Máquina dinamo unida á un motor hidráulico Dulait. – Gemelos fotográficos de M. J. Carpentier y aparato para ampliar las pruebas. – *A la vejez, viruelas*, cuadro de Renato Reinicke.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La paz universal. – Festividades múltiples de la ciencia y del trabajo. – El armamento excesivo y los gobiernos europeos. – Madrid. – Las Bellas Artes en Madrid. – Su Museo de Pinturas. – Inauguración de la Pinacoteca del Museo. – Maravillas encerradas en este magnífico templo del Arte. – Promesa de describir la Exposición Histórica y la Exposición de Pinturas. – Conclusión.

I

Heme propuesto pasar el resto de mi vida, gastando toda la fuerza de mis pulmones y consumiendo toda la tinta de mi pluma, en la obra caritativa de predicar la paz, paz dentro de mi nación, paz entre todas las naciones del mundo. Así, dondequiera que se reunen cuatro criaturas humanas y en esta reunión se halla con ellas el verbo de los grandes ideales, yo pronuncio la palabra «paz» y la confío por completo al movimiento del aire y á la fecundación del agua de los cielos. Y, no obstante lo difícil del empeño, me alienta en él y me sostiene la observación de síntomas consoladores como las fiestas consagradas á los aniversarios gloriosísimos de la ciencia y del progreso. Las fiestas florentinas al Dante, las belgas á Rubens, las genovesas á Colón, las americanas y españolas al Descubrimiento del Nuevo Mundo enseñan cómo el hombre moderno va separándose poco á poco de la guerra que todo lo destruye y volviéndose al trabajo que todo lo produce. Y en la obra de pacificación me acompañan muchos ánimos generosos y muchos altísimos espíritus. Cuanto más examinamos el estado internacional europeo, con mayor claridad vemos la necesidad imprescindible de recurrir al desarme de tanto ejército conquistador inútil, si queremos conservar la solvencia de tanto tesoro nacional exhausto. Mirad los dos imperios de Oriente, así el mongol como el eslavón, así el ruso como el turco: éste no puede pagar al otro la indemnización de guerra hoy, mientras el otro no podrá satisfacer mañana los empréstitos que contrae con increíbles dificultades en el mercado francés. Respecto de Germania hemos dicho en otro lugar lo que pasa: el poder parlamentario y el poder imperial se desavienen, como en los tiempos viejos, por los setenta millones de crecida que traen aparejados los proyectos militares recientes. No hay más que dos grandes naciones desahogadas: Inglaterra y Francia. Pero el desahogo en Inglaterra proviene de su carácter militar y pacífico, que excluye los colosales armamentos y los numerosos ejércitos; mientras el desahogo en Francia proviene de que no perderá nunca esta nación las tres fuentes de su prosperidad eterna, el trabajo, el ahorro y la previsión administrativa. Así no puede su estado peculiarísimo compararse con el estado peculiarísimo de ningún otro pueblo. Y sin embargo, basta examinarlos con atención para comprender en seguida que traerá pronto males gravísimos á Inglaterra el exceso de sus barcos y á Francia el exceso de sus soldados. Así nunca he visto tan acreditada una idea como ésta del desarme universal á la que nadie podrá oponerse bien pronto. Con motivo del llamamiento á nuevas elecciones en Italia, los partidos dicen á una su pensamiento y el más prosperado y seguido aparece sin duda de ningún género el partido de Rudini por haber sustentado su antiguo ministro de Hacienda, el señor Colombo, tesis tan evidente como el ahorro y el desarme irremisibles. Algo parecido Kalnoky ha dicho en la reunión de los delegados del Austria, uniendo sus autorizadas quejas á las quejas de todo el mundo por la carga abrumadora con que pesan los soldados sobre los presupuestos y los presupuestos sobre los pueblos. El ejemplo mayor de cómo se sobrepone la política de sabias economías á todo vese patentísimo en el pueblo heleno. Pudo atreverse á un golpe de estado dirigido contra el primer ministro Deyalmis, á pesar de tener éste mayoría en la Cámara, el rey, porque su malherido consejero únicamente representaba el despilfarro y la imprevisión. Si en otro tiempo un monarca griego echa *proprio motu* á un ministerio contra el voto de las Cortes, echan los pueblos al rey como echaron por mucho menos á la dinastía bávara. Mas un ministro gastador corre peligro de que á las barbas se le suba todo el mundo, hasta los más inofensivos entre los seres, hasta los reyes constitucionales. Ha subido Tricoupis, el verdadero político y el verdadero patriota heleno, pero ha debido enterarse de que no hacía nada como no abrazase una política de sabias economías, y á una política de sabias economías ahora somete todos sus proyectos y todos sus propósitos. Nada de soñar con Macedonia, tenida por los griegos como parte integrante de Grecia, magüer darle todos los días en rostro servios y búlgaros con las palabras del gran Demóstenes, que llamaban al macedón extranjero; nada de romper abiertamente con todo el mundo para ir en socorro del pueblo cretense aherrojado á Turquía; nada de pedir gentes y dinero para una cruzada filo-helena contra los infieles: el ahorro se impone con imposición soberana y al ahorro hay que ir con insistente perseverancia y dar así de mano á todo proyecto, ya sea romántico, ya clásico, si trae aparejado mínimo dispendio. A fines del siglo pasado se impuso la libertad en una revolución violenta por causa del presupuesto, y á fines del siglo corriente por causa del presupuesto se impondrá en una evolución pacífica la paz universal.

II

Pero dejémonos de la política y vamos á las Bellas Artes. No puede negarse que Madrid está hermosísimo y que los tres centros de obras artísticas abiertos en la hermosa línea que corre desde la Estación de Alicante al Hipódromo de Chamartín compensarán un poco la inopia de nuestro Ayuntamiento y de nuestro Gobierno en la festividad marradísima del Centenario de Colón. ¡Qué villa esta de Madrid tan alegre! Y cuán difícil hacerles comprender á los extranjeros por qué la llamamos villa y no ciudad. Una población tan grande, con quinientas mil almas, no ha pasado de villa. En lengua española se llama ciudades á las poblaciones de primera importancia por su número y por su historia y por sus servicios á la patria común, y villas á las poblaciones de segunda importancia, y aldeas á las poblaciones mínimas. De aquí una tradición casi extravagante. La costumbre ha querido que á la cabeza Madrid, como capitalidad consagrada de la nación y residencia oficial del Gobierno, á la cabeza de todas nuestras poblaciones, conserve su nombre modesto y su categoría secundaria de antigua villa. Con efecto, levántanse á una en derredor suyo poblaciones artísticas é históricas, las cuales no solamente con Madrid emulan y compiten, la vencen hasta eclipsarla. No hablemos de Toledo, nuestra Roma, donde se aglomeran, á guisa de magnífico museo, desde los escombros romanos y románicos de singular valor que todo el mundo conoce, hasta las maravillas del Renacimiento, después de haber pasado allí el arte gótico por sus tres capitales fases de abizantinado, puro y florido, así como el arte árabe por las tres paralelas fases de sirio, cordobés y granadino, realzado todo por el gusto mudéjar y el gusto plateresco, sin ejemplos y sin modelos y sin rivales en nación alguna, privativos, merced á circunstancias extraordinarias, de nuestra poética y singular España. Pero, aun dejando á Toledo, Alcalá con su catedral gótica y su hermosísima Universidad plateresca y sus patios de ornamentos mudéjares; Avila con sus templos románicos y sus muros feudales; con su acueducto digno de la Ciudad Eterna Segovia, le llevan tales ventajas á nuestro Madrid, que parece la villa, no obstante ceñir corona en las sienes, una reina desvestida de toda presea por sus afortunadas rivales. En este país, donde las obras monumentales del tiempo en nuestras artes parécense, por lo grandes y por lo antiguas, á las obras geológicas del tiempo en nuestro suelo, dentro de Madrid no quedan otros restos bellos de viejas arquitecturas que una torre allá en San Pedro, cercano á las afueras; una capilla denominada del Obispo y célebre así por sus enterramientos como por sus tapices; la iglesia de San Jerónimo rehecha, como una vieja por afeites y adobos recompuesta; el modesto portal de la humilde Latina, indigno del tiempo glorioso que recuerda y del nombre ilustre que va unido á la Pascua del arte y al descubrimiento de América. A Madrid le tocaron dos desgracias: haber tenido tan poca importancia en la Edad media que no alcanzó un palacio semejante, por ejemplo, al del Infantado en Guadalajara, y haber subido á su grandeza cuando el arte arquitectónico, á diferencia de la pintura y escultura muy resplandecientes y muy gloriosas en aquel entonces, bajaba de golpe á su irremediable decadencia. Grande su regio alcázar, pero poco artístico; grande su iglesia de San Francisco, pero hinchada por el decaimiento arquitectónico; grande alguno que otro edificio como el Ministerio de Hacienda, pero aversallado y sin carácter alguno hispano: tan sólo en el Museo compiten la gracia con la mole y tan sólo en el Museo se reconoce por el gusto artístico un monumento digno de todo cuanto en sus paredes hay contenido y encerrado. Cuán otra en punto de Bellas Artes fuera nuestra capitalidad, si la Monarquía histórica española, en la centuria de su definitiva unidad, en la centuria décimasexta, escogiera, de preferir los extremos, Lisboa ó Barcelona ó Sevilla, muy ornadas por el Renacimiento y por la Edad media; ó de preferir el centro, Toledo, Valladolid, Burgos y León misma, tan dotadas de suyo con gloriosos recuerdos y tan maravillosas por sus hermosísimos edificios.

III

Pero el régimen liberal y parlamentario en tales términos ha sublimado nuestra capital y henchídola de una sociedad tan ilustrada y de un pueblo tan culto, que compite con las mejores capitales europeas y en muchos puntos las excede. Madrid sería una ciudad de primer orden, aunque sólo tuviera un monumento, aunque sólo tuviera el Museo. Maravilla denominamos á la fábrica de Felipe II, colocándola junto á las designadas con este nombre por los antiguos en el recuento de sus edificios mayores; y la verdadera maravilla está en el Prado, en esa Galería única de obras maestras sin par. Echad el Museo de Madrid en los patios inmensos del grandioso Louvre y no podrá por sus dimensiones y por su magnitud material comparárselé, siendo el nuestro, aunque muy hermoso y bien proporcionado, relativamente diminuto, si puesto al frente de aquel gigantesco edificio. Imposible aquí hallar ni la variedad riquísima de objetos que ostenta el Museo Británico, ni la copia de cuadros reunidos en una especie de serie y sistematización histórica que guardan los Oficios de Florencia. Poco en su recinto de las esculturas admiradas en el Capitolio y en el Vaticano; poco también de los tesoros en pinturas arqueológicas allegadas por las galerías de Roma, de Siena, de Perusa. Gústanme como disposición más el Museo de Bruselas y de Amberes, y por el ornamento y lujo cualquiera de las Pinacotecas erigidas y arregladas en Munich, en Viena, en Berlín. Pero aquello en que nuestro Museo no encuentra su igual es en la felicísima y nunca bastante celebrada circunstancia de haber, como por milagro, reunido en sus salas aquel número de obras maestras, siendo imposible hallarlas juntas en otro espacio alguno, ni recorrerlas en tan corto tiempo y lugar por ninguna otra parte. Los pasillos, los desvanes, los sótanos del Museo nuestro guardan tablas y lienzos reservables para las tribunas de otros museos y para los salones de selección y de preferencia. Sesenta Ticianos, muy cerca de cien Theniers, Rubens y Van-Dicks de primera importancia, el Pasmo y la Perla y la Virgen del Pez y la Transfiguración del dios de los pintores, Pantojas y Riberas y Coellos á granel por todas las paredes, excelentes Zurbaranes y Canos, muchos Murillos de resplandores que ciegan y arroban, los Moros con sus redivivos personajes, los Dureros como si estuviéramos en Alemania, Juan de Juanes en su increíble martirio de San Esteban, Holbein mismo tan bien representado como en Basilea, lienzos del Sarto comparables á sus maravillas de Florencia, glorias de Flandes que nos envidia con razón Bélgica, tres Cranachs trayéndonos las escenas del período luterano á la vista, Veroneses y Tintorettos como si estuvierais en Venecia, gran parte de Goya, y todo Velázquez, forman tal suma de maravillas que parece una increíble hipérbole verificada por hechizos y encantamientos en una fiesta de magia. ¡Cuál número de viajes tenéis que emprender, amantes y cultivadores de las Bellas Artes, cuál suma de vueltas que dar, cuáles saltos y fatigas que sufrir, si habéis de ver creaciones pictóricas semejantes á las congregadas en Madrid por una serie de circunstancias felices, las cuales no se repetirán jamás en la historia universal! Sobre todo aquí está Velázquez, el pintor de la vida, el único, el sin sucesor y sin sucesión posibles, el que sabía realizar lo ideal en términos de ponerlo íntegro á vuestra vista y generalizar lo particular hasta subir los individuos á prototipos, transparentando las calidades fisiológicas y psíquicas de cada uno por medio de figuras, que respiran en el aire verdadero, que viven vida real, que andan por el espacio donde las ha lanzado el pintor, y que hablan á una con aquellas fisonomías animadas por el sentimiento y con aquellos ojos irradiadores de visibles y verdaderas ideas. Así, después de haber visto el Verbo increado y la Concepción Inmaculada en los éxtasis de Murillo, y ha-

ber por esa correspondencia entre la vista y la oreja, señalada en la fisiología contemporánea, sacado de un pentagrama de colores un iris de notas á la contemplación de tanto cuadro religioso, como pintan los conciertos celestiales de las esferas angélicas, entráis

Bartolo iba atando en el carro todos los enseres de modo que no pudieran desprenderse por el camino

por los lienzos de Velázquez inundados de luz material, engrandecidos por horizontes celestiales, llenos de aire vital y de seres efectivos, como quien se despierta de un embustero sueño hipnótico y se baña en los efluvios, en los rocíos, en los aromas, en los resplandores y en los gorjeos de una mañana de mayo. Un ruso, con llevarse á Petersburgo la efigie de Felipe IV, caballero en aquel potro, cuyos ojos esplenden al cielo madrileño y cuyas narices aspiran el aire de Guadarrama, llevaríase la Moncloa y el Pardo con sus lejos azules, con sus montañas de lapislázuli, con sus transparencias húmedas y cálidas al mismo tiempo, que mezclan indecisiones de vapores violáceos y argénteos de nieve virgen y toques de metálicos tonos y verdes de hierbas frescas con una iluminación viva é intensa como si las reverberaciones del éter á un mismo tiempo rebotaran en mares y desiertos. Ha sorprendido el pintor la verdad en tales términos, que á la primer fragua del paso halláis sus herreros hoy aún, y sus hilanderas en la fábrica de tapices que se ha trasladado al Paseo de Atocha desde el antiguo Saladero, y en las tabernas sus viejos borrachos, y en las tablas su comediante, y en el taller su escultor, y en el campo sus soldados, y en la corte sus reyes, y en las monterías sus perros, todos los cuales os dan gana de mirar el cuadro por detrás para ver si al bien adobado y apercibido lienzo, por un milagro de óptica, se asoman los modelos antes de dejarse colocar, modelar, dibujar y pintar. Podéis ver á Rembrandt en Amsterdán y en Gante y en Bruselas y en París; podéis ver á Miguel Angel en Roma y en Florencia; podéis ver á Correggio en Parma y en Dresde; podéis ver á Rubens en Amberes y en Bruselas y en París y en Madrid y en San Petersburgo; podéis ver á Murillo en Sevilla y en Cádiz y en Madrid; podéis ver á Rafael en todos los grandes Museos: á Velázquez únicamente lo veréis aquí. Tal es la capital ventaja que por modo singularísimo caracteriza nuestra Galería: la suma de sus cuadros maestros y la colección de Velázquez increíbles entre los inmortales sumandos. Así con facilidad encuentra el espíritu inclinado á la Historia otro recreo allí superior á tanto recreo estético, cual procuran las inmortales obras, el recreo de poder conversar con tantos y tantos protagonistas del escenario de lo pasado como hay en aquel recinto, vivos hoy día. Con un poco de fantasía y de memoria que tengáis, asistís á una verdadera evocación. No puede llamársele valle de Josafat por tanto cintillo y tisú y pedrería y brocado y plumaje y blonda como brillan por allí; pero sí puede llamársele una Pascua de Resurrección que nos procuran los pinceles como aquella cuya santa influencia separó de los labios del doctor Fausto la copa, donde se hallaba disuelta su muerte, con repiques de campanas y cánticos de aleluyas y melodías de órganos. Aquí reza doña Isabel I, circuída de sus hijos, cuyas gracias la encantaban, creyéndolos, cuando habían de malograrse tan pronto, sanos y vívidos. Allí el Elector de Sajonia y los promovedores de la Liga de Smakalden van en requerimiento y busca de Lutero, para del Emperador y sus secuaces recatarlo, y subirlo al Patmos en que trazará contra todas las maquinaciones del diablo su nuevo Evangelio. El mozo gallardo aquel, con su espadón damasquinado al cinto y su ropilla de terciopelo azul bordada con brocado de oro, que acaricia un perro de lanas con su mano fina, y os interroga con sus ojos negros, es el cuarto marido de Lucrecia Borgia, inmortalizado por Hugo y Donizzetti, aquel duque Alfonso, cuya imagen, que vivificara Ticiano, inútilmente buscaréis por el feudal castillo de Ferrara. El príncipe D. Carlos, no obstante haber abogado por él Schiller y Quintana en sus obras eternas, no podrá salvarse de un severísimo juicio, porque lo acusa el retrato de Sánchez Coello, presentándolo con la tez lívida y los ojos extintos de quien jamás hubiera sentido en su cuerpo el calor de un alma. En cambio, si queréis ver la puesta del tempestuoso astro de nuestro poder, si queréis ver á Carlos V en desgracia, y acompañarlo desde la fuga de Inspruch hasta el monasterio de Yuste, rumiando la traición del pupilo Mauricio de Sajonia en quien se apoyó el día de su coronación para entrar en Bolonia y presintiendo la traición del otro pupilo Guillermo de Orange, ahí está con toda la hiel de su desengaño en la cara y con sus ojos reconcentrados sobre la eternidad y sobre la historia, despidiéndose del mundo entre los rojos centelleos de un crepúsculo parecido al anochecer del Universo en los siniestros versículos del aterrador Apocalipsis. Y no lejos de su persona está la persona de su hijo, pintada por el sombrío Pantoja; su hijo, su Felipe II, que hiede á muerto, como al agonizar en la tribuna del Escorial; su hijo de mirada tan desvanecida y tan callada como su alma doble, y de color tan amarillo como el fosforeo de un fuego fatuo, con traje negro en que aparece amortajado y con rosario escueto en sus dedos de araña. Y como si los siglos fueran una eterna tragedia, María la Sanguinaria de Inglaterra con cara de harpía y un clavel rojo en las manos, del color de la sangre; D. Sebastián, soñando con los arenales de Africa, donde habrá de tragárselo el desierto para siempre; la gobernadora de Castilla, doña Juana, su madre, que recibía con antifaz á los embajadores en Valladolid; aquel Carlos Estuardo, aterrado y resignadísimo, contemplando con tristeza las costas de Francia donde lo aguarda su esposa y huyendo en deseo y en espíritu á las costas de Inglaterra donde lo aguarda el verdugo; y por último, la gata impúdica María Luisa de Borbón, en vísperas de ceder, impulsada por sus liviandades y por su amor al favorito Godoy, en cambio de una coronilla en los Algarbes para éste, la patria de nuestros padres al conquistador, cubriendo así el suelo de cadáveres y el aire con torbellinos de incendio y con vapores de sangre. Pero si os apena todo eso, tenéis para divertiros y regocijaros las familias flamencas muy coloradas y perfectamente nutridas de Porbus; las risueñas Meninas rodeadas de bufones que juegan en las estancias del Buen Retiro y entretienen á retozona infantita; las Kermeses flamencas en que resuenan toda clase de instrumentos; el Jardín de Amor, donde baila Rubens, empujados por los rosáceos cupidillos, con la mujer predilecta; los alegres y sanos muchachuelos de Murillo que abrazan los borregos en el prado y escancían el agua de los arroyos en concha de madreperlas; el feliz y apuesto Van-Dick mirando á la Duquesa de Oxford con regocijo verdadero tras las espaldas del consentido Duque; los edificios y los bureos venecianos de Canaletto; los toros y las meriendas y las ventas y los calderos y las castañuelas y las guitarras y los chorizos y los majos y las manolas y las ferias y los festeos de Goya, que derraman por doquier el regocijo de un sainete de D. Ramón de la Cruz y la esperanza de un cántico de Quintana. He ido al Museo invitado para la inauguración de su Pinacoteca y en él me he quedado. La próxima revista os hablará de la Exposición de Pinturas y de la Exposición Histórica.

NOSTALGIA

Filomena estaba muy atareada yendo de la cocina al patio para colocar en el carro, que estaba parado á pocos pasos, todos sus enseres, mientras su marido Bartolo los iba atando de modo que no pudieran desprenderse por el camino. Nina, su hija, hermosa muchacha de diez y ocho años, miraba con ojos llenos de lágrimas, ora al padre, ora á la madre ó ya al carro, que estaba cada vez más cargado de objetos, y daba luego vueltas por uno y otro lado sin saber lo que hacía.

– ¿Qué haces ahí como una marmota?, le preguntó Filomena: ven á ayudarme á sacar el arca.

Nina obedeció, pero haciendo las cosas maquinalmente como si no pensase en ello.

– Pero, mujer, ¿no ves que no se puede pasar por ahí?, le dijo su madre. No sé qué diablos te sucede hoy: pareces dormida.

– Lo que me sucede es que no me gusta ir allá abajo, contestó la joven encogiéndose de hombros.

– ¡Qué tonta eres! Dices eso porque no has estado nunca; pero ya verás cómo se vive mejor: allí se come y aquí se muere uno de hambre.

– Sí, pero nuestra casa...

– ¡Nuestra casa, nuestra casa! Mírala ahí en el carro: en teniendo mi cama y mis colchones, no necesito más. En todas partes encontraremos un techo y cuatro paredes que son siempre iguales: cuando hayamos colocado la cama, colgado de la pared el cuadro de la Virgen, puesto la mesa en la cocina y limpiado las cacerolas hasta ponerlas tan relucientes como saben estas manos, ya verás cómo no notas ninguna diferencia.

En tanto iban llegando todas las vecinas á despedirse de Filomena y á felicitarla por su buena suerte en poder ir al llano á trabajar en una hermosa heredad.

– Fortunas como esta no se logran todos los días, le decían; allí se trabaja, pero al menos se recoge, mientras que aquí se siembra trigo y salen guijarros, trabajamos como acémilas y nos morimos de hambre.

– Pero aquí hay muy buenos aires, contestaba Filomena para consolarlas.

– Si se viviese de aire solamente... pero se necesita algo más sólido. ¿Vendrás al menos á vernos de vez en cuando?

– ¿Pues no? Por Pascua á más tardar, y os traeré un par de capones que me propongo cebar para vosotras; y cuando queráis ir por allá, tened por seguro que



Nina iba con su rosal en una maceta y hablando sin cesar con Gigi

siempre habrá un poco de menestra para los amigos.

Y se regocijaba con la idea de llegar á ser tan rica que pudiese dar hospitalidad á las amigas.

– La verdad es, añadía, que ya somos viejos y podíamos continuar viviendo aquí; pero tenemos una hija y es preciso pensar en ir haciéndole un ajuar para cuando se case.

Nina, aburrida ya de oir charlar á su madre, se había marchado á un campo vecino para arrancar un rosal que quería llevarse á su nueva vivienda.

Por el camino la encontró Gigi, el hijo de Antonio el jardinero, á quien anunció que iba á arrancar el rosal que había plantado para ella la primavera anterior.

– Pues yo te ayudaré á trasplantarlo, le contestó el mancebo; así te acordarás de mí cuando estés allá.

Nina no contestó y suspirando miró la llanura á la que debía llegar antes de la puesta del sol.

– ¿En qué piensas, Nina, que no me contestas?, le preguntó el joven.

– Pienso que las colinas son muy hermosas y la llanura me parece un cementerio; todo es un campo verde con una casa blanca aquí, otra casa allá, ésta un poco más lejana que aquélla como las losas de los sepulcros; sólo al pensar en ello me da frío.

Gigi se echó á reir, y habiendo llegado al huertecillo detrás del cual había una cerca de rosales, se arrodillaron y se pusieron á arrancar uno poco á poco.

– Ten cuidado, que eso es mi mano y no la raíz; no me hagas daño, dijo Nina levantando la voz.

– Sí, yo siempre te hago daño, hasta cuando te echaba los racimos de uva por el monte abajo en los días de la vendimia.

– Lo digo por broma y porque oigas mi voz. ¿Te acuerdas cómo nos divertíamos? Hasta para esto son hermosas las colinas: aquí se ve uno de lejos: tú desde arriba me echabas las uvas, yo gritaba y la voz llegaba hasta ti, y luego, cuando nos alejábamos cantando, el eco nos traía nuestras voces. ¡Cuántos ratos hemos pasado hablando!

– ¿Te acuerdas que en las tardes de verano á la puesta del sol te encontraba siempre sentada en la cerca delante de la casa?

– ¡Y qué gusto daba ver cómo el sol iba bajando, bajando, tener hambre y pensar que nos esperaba la polenta!, dijo Nina. Tú podrás volver á la cerca; pero yo... yo no estaré ya en ella.

Y se echó á llorar.

– ¿Qué haces, Nina? ¿No ves que te ensucias de tierra toda la cara? ¿Y lloras cuando vas á estar mejor?

– ¿Y para qué quiero estar mejor si no veré ya á mis amigos?

– Pero los amigos irán á verte.

– ¿Lo dices de veras? ¿Irás también á vernos? ¿Hasta allí?

– ¿Por qué no? ¡Oh! Tengo buenas piernas y te doy mi palabra de que iré por Navidad á más tardar.

– ¿Cuánto falta para Navidad?

– ¿No lo sabes? Estamos en San Martín, conque poco más de un mes.

– ¡Cuánto tiempo!, exclamó Nina.

Pero se limpió los ojos y pareció más consolada.

– Pues yo vendré aquí con mi madre por Pascua; se lo hemos prometido á nuestro compadre.

– Además no os vais al cabo del mundo, ni tampoco á América.

– ¡Nina, Nina! ¿Qué haces?, gritó la voz de Filomena. Sólo esperamos por tí.

– Ya voy, contestó Nina; he querido llevarme mi rosal.

– Despacha y no seas pesada: ya sabes que hemos de llegar antes de anochecer.

– Hay tiempo; aún no son las ocho. Gigi, acuérdate; te aguardamos por Navidad, dijo Nina volviéndose al joven.

– Te acompañaré hasta la cisterna.

Y todos echaron á andar, el carro delante guiado por Bartolo, detrás Filomena con un lío en el cual llevaba el dinero y su vestido de boda, y Nina con su rosal en una maceta y hablando sin cesar con Gigi. A una revuelta del camino hubieron de hacer alto porque se encontraron con los labriegos que iban á ocupar la casa que dejaban. Era una familia compuesta de un anciano y dos hijos, un joven de veinte años y una muchacha de la misma edad que Nina.

– ¡Adiós, Checco, buena suerte!, dijo Bartolo. Te advierto que he dejado algunos arneses en la cuadra y vendré á buscarlos así que me haya instalado en la casa nueva.

– Como quieras, Bartolo.

– Nos veremos también cuando la cosecha; verás qué bien te encuentras; no engordarás mucho, pero tampoco te morirás de hambre.

– Confiemos en que todo irá bien. Hasta la vista y buen viaje.

Y continuaron su camino, pero Nina no podía apartar la vista de la joven que iba á ocupar su cuarto; le daba rabia ver que era guapa, y sentía cierta envidia. Gigi se despidió por fin de Nina, la cual prosiguió silenciosa su camino, sin dejar de mirar aquellos montes que parecían alejarse poco á poco; y cuanto más andaba mayor era el vacío que sentía en su corazón, y se consolaba apretando contra su pecho la maceta de flores que llevaba en los brazos, único recuerdo de su vida pasada.

II

Bartolo se encontraba muy satisfecho en el llano, cogía puñados de tierra y decía á su mujer:

– Mira, mira, qué hermosa tierra negra, da gusto verla, y además ni con un candil se encuentra en ella una piedra; aquí es un contento trabajar: ¡qué diferencia de los montes!

Filomena estaba orgullosa de su gallinero, donde tenía capones que engordaban á ojos vistas, y todas las mañanas encontraba huevos frescos con los cuales hacía tallarines amarillos como el oro y sabrosos hasta chuparse los dedos.

– Esta es otra vida, decía, otra vida.

También Nina creía que era otra vida, pero por muy diferente concepto. No pensaba en los capones de su madre ni en la fertilidad de la tierra como su padre, y los días le parecían largos, eternos, y aquella llanura inmensa, monótona, la aburría. Siempre estaba mirando las colinas que se divisaban en lontananza, y el día en que vió su cima cubierta de nieve se puso muy contenta porque pensaba que estaba muy cerca de Navidad y que Gigi iría á verlos.

Filomena también esperaba para entonces á su compadre, y decía que para entonces mataría al mejor de sus capones; y enseñaba á Nina el que tenía ya elegido para servirlo á la mesa en semejante fiesta.

Y cuando Nina lo veía correr soberbio por la era con sus plumas de colores tornasolados, pensaba en la alegría que debía reinar el día en que lo vería asado en la mesa, á la cual se sentaría también Gigi.

Pero llegó el día de Navidad, y por más que casi lo pasó en el camino esperando, perdió el tiempo y la paciencia, pues llegó Tito, el compadre, pero Gigi no.

Filomena estaba muy contenta y enseñó á su compadre el gallinero, el establo, la pocilga y hasta el granero, mientras él la decía:

– ¡Qué suerte habéis tenido! Veo que estáis muy bien, y que desde que no nos vemos habéis engordado: únicamente Nina me parece algo paliducha.

– ¿Qué se le ha de hacer, querido compadre? No le gusta vivir en el llano, pero ya se acostumbrará.

– ¿Y qué hay de nuevo por los montes?, preguntó Nina.

– Nada: allí llevamos la vida de costumbre: de noche hace un frío endemoniado y lo pasamos en los establos.

– ¿Y Gigi, el hijo de Antonio, que también debía venir á vernos, está acaso enfermo?

– No: le he visto esta mañana sano y ágil como un corzo.

– ¿Y cómo le va?

– Como siempre; sigue yendo á vuestro establo, y dice que va allí por costumbre, y casi sin querer se dirige por la tarde hacia aquella parte como si estuvieseis aún allí.

– ¿Se ha hecho amigo de los que nos han reemplazado?

– De seguro: ya sabéis que esas amistades se traban pronto.

Nina se puso tan pálida que parecía una muerta y se marchó con un pretexto cualquiera.

– Le digo á usted que su hija no está buena, dijo Tito á Filomena; ha enflaquecido tanto que no parece la misma; diga usted al médico que la recete algo; me da pena verla así; cuando vivía allá arriba estaba blanca y colorada como una manzana.

Cuando Nina volvió, Filomena se quedó mirándola y pensó:

– Mi compadre tiene razón; mañana llamaré al médico.

Y al día siguiente fué el doctor; Nina le dijo que no tenía nada, pero mientras hablaba no apartaba la vista de las montañas.

En un principio el médico no entendía su mal, y por espacio de un mes siguió visitando de vez en cuando á Nina sin conseguirlo; pero llegó un día en que dijo á Filomena:

– Ya he dado con la enfermedad que padece su hija de usted.

– ¿Qué tiene?, preguntó la madre.

– Nostalgia, contestó el médico.

Y se marchó.

Filomena se quedó tan enterada como antes, mejor dicho, aquel nombre extraño la preocupó tanto que quiso saber en seguida qué debía hacerse para curar á la muchacha, y corrió á preguntárselo al médico.

– Sería preciso enviarla á la montaña, le contestó éste, y se curará en seguida.

– Si no es más que eso, pronto se hará, respondió Filomena. Mañana la llevaré á casa de mi compadre que la recibirá con los brazos abiertos, y se la dejaré hasta que esté curada.

Así lo hizo, porque al fin y al cabo Filomena no tenía más que una hija y la quería mucho.

Nina parecía respirar mejor mientras subía por la colina; pero cuando, ya en casa del compadre, supo que Gigi iba todas las tardes á casa de la Rosa, la hija de Checco que había ocupado la casa de su padre, se sintió peor que antes y siguió enflaqueciendo visiblemente.

Por más que hacía Tito para contentarla, no podía lograrlo.

Gigi no la había visto aún porque se avergonzaba de ir hacia la casa del compadre, y tanto más cuanto que estaba arrepentido de lo que había hecho, pues Rosa no le miraba ya con tan buena cara y en cambio sí á otro mozo más rico y más guapo que él. No sabiendo qué hacer, desahogaba su mal humor en la taberna y en la aldea todos hablaban mal de él.

Nina no dejaba de quererlo, y á no haber sido porque después de su abandono no quería demostrar demasiado interés por él, habría ido á buscarlo porque se moría de ganas de hablarle.

Pero un día que lo encontró al salir de la iglesia, lo detuvo mientras él fingía no haberla visto, y le dijo:

– Hola, Gigi, qué pronto te has olvidado de los amigos.

El se paró de pronto, se puso encarnado y contestó:

– Hola, Nina. ¿No estás enfadada conmigo?

– ¡Yo enfadada! De ningún modo: siempre me estoy acordando de nuestras conversaciones en la cerca y en el redil cuando nos sentábamos allí.

– ¿De veras? Y yo que creía que no volverías á mirarme á la cara...

– No podría hacerlo aunque quisiera.

– ¡Ah! Antes podríamos haber sido felices, pero ahora es ya tarde.

– ¿Y por qué?, preguntó Nina.

– Porque todos dicen que soy un perdido, porque me he dado al vicio, y tus padres no me querrán ya por yerno. Rosa ha sido causa de todo mi mal; yo iba allá porque ya estaba acostumbrado, pero al principio me parecía que había allí un gran vacío sin ti; después Rosa con sus ojazos me embrujó, y ya ves lo que ha hecho: más ha valido así.

– ¡Pobrecillo! ¡Cuánto habrás padecido! Lo que es



yo nunca he podido sufrir á esa muchacha, dijo Nina. También yo lo sentía mucho porque siempre te he querido.

– ¡Si fuese cierto! ¡Si me quisieras todavía!

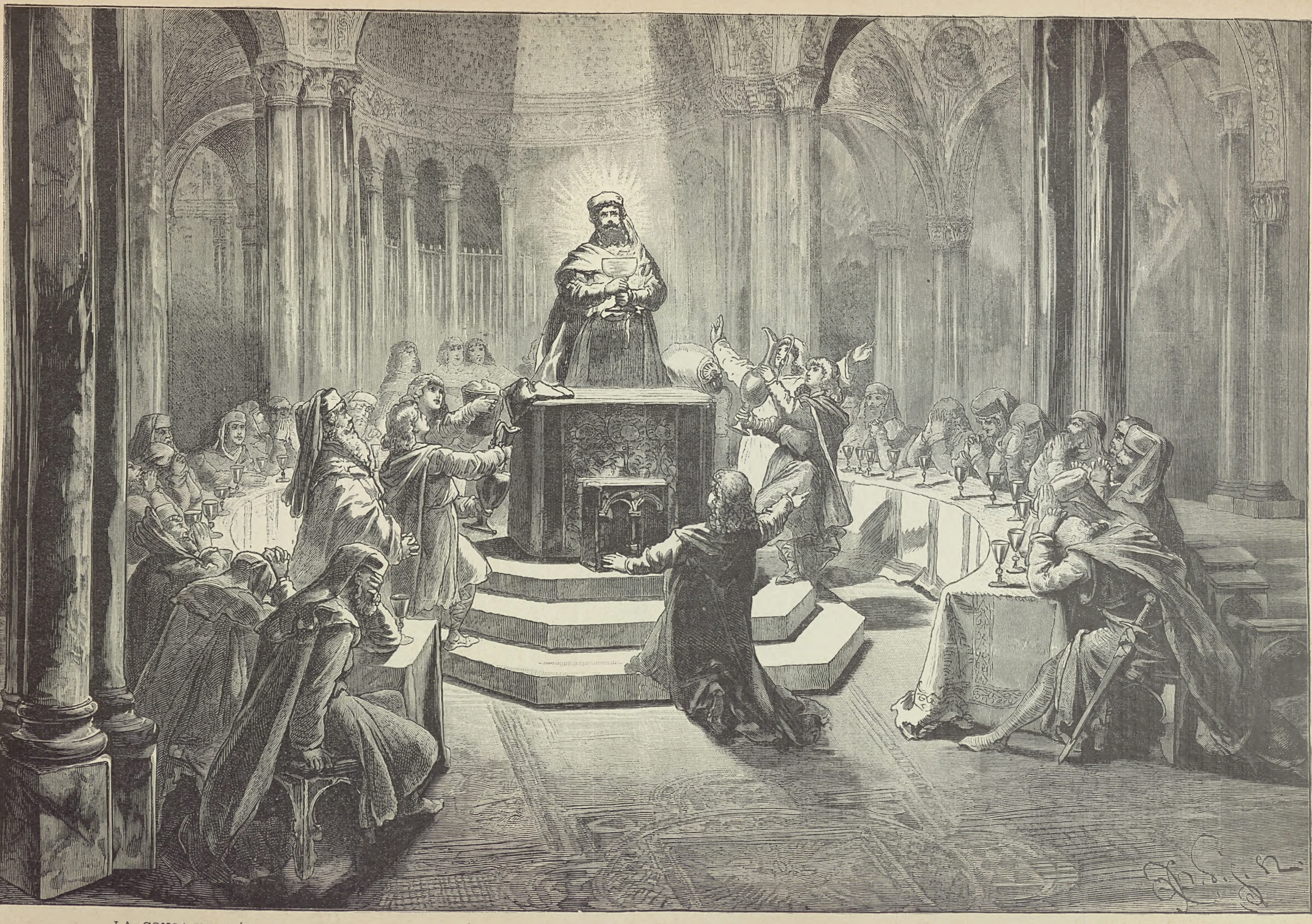
– ¡Pues no! Ya verás qué contentos volveremos á estar.

Y en efecto, Nina hizo tanto que por fin persuadió á sus padres que la casaran con Gigi y que fuera á vivir con ellos en el llano.

Al principio se opusieron á causa de las voces que corrían acerca de Gigi, pero pensando luego que no tenían más que aquella hija, la cual se moriría de tristeza, consintieron y se efectuó la boda.

. . . .

El día en que Nina volvió al llano con Gigi estuvo



LA CONSAGRACIÓN DEL GRAAL, cuadro 2.° del primer acto de la ópera de Wagner «Parsifal,» cuya música ha sido recientemente ejecutada con gran aplauso en el teatro Lírico de Barcelona

muy alegre, y al poco tiempo se puso blanca y colorada como cuando niña.

El médico, cuando pasa por su casa, entra á preguntarla si se ha curado de su nostalgia.

Ella se echa á reir, y en lugar de mirar á la montaña como antes, mira á su marido que trabaja todo el día y ya no va á la taberna. También ella se entretiene en cuidar pollos, y piensa en los infelices que viven en los montes, que trabajan sin fruto, en un sitio donde los pollos no encuentran qué comer y crecen tan tísicos que da lástima verlos; añade que se halla tan contenta que también ella está en camino de engordar como un capón, por todo lo cual no quiere que Gigi le hable de ir á la montaña, pues la odia, porque allá arriba está Rosa, esa Rosa tan pícara que casi hizo perder la cabeza á su Gigi.

Traducido por M. Aranda

LOS AINOS VELLUDOS DEL JAPON

Cuando llegué á Hakodate no había trazado aún plan ninguno. Deseaba ver la raza de los aínos, y en particular sus más puros tipos, pero nadie pudo decirme con exactitud dónde los encontraría. Sabido era de todos, sin embargo, que había algunos en la bahía de Volcano; pero hallándome tan próximo á los pueblos japoneses, pensé que el tipo no podía ser allí muy puro, y en su consecuencia resolví dar la vuelta á la isla para enterarme sobre el particular. Provisto de mis útiles de pintor, pero sin provisiones ni mapa ni brújula, me puse en camino cierta mañana muy lluviosa, completamente solo, emprendiendo así el viaje que en mi concepto debía efectuar fácilmente en doce ó catorce días, y que realicé con gran dificultad en ciento cuarenta y seis.

No hablaré aquí de las muchas fatigas que hube de sufrir á causa del mal tiempo, de los míseros refugios que encontré, de la falta de caminos, de la escasez de alimento y de los disgustos que me ocasionaron los naturales por su tenacidad en no querer servir de modelos. Los aínos son supersticiosos. Una vez, en el momento de estar yo bosquejando un grupo de indígenas que se ocupaban en cortar un gran pescado, acometiéronme de pronto, rasgaron el lienzo que tenía preparado, destruyeron la caja de pinturas y los pinceles, y arrojáronlo todo al mar. En la lucha me infirieron una herida en el brazo con un cuchillo descomunal, é injuriáronme, pues los aínos se imaginan que aquel que se deja retratar enfermará sin remedio, si no muere en el acto. En la ocasión á que me refiero, aquellos salvajes gritaban á mi alrededor como condenados, agitando sus velludos brazos con amenazadora expresión.

—¿No sabes, mal hombre, díjome uno de ellos, que apenas hayas bosquejado la imagen de un aíno todos los salmones y arenques, todos los peces, en fin, desaparecerán del mar, y que entonces nosotros nos moriremos de hambre?

Como había supuesto yo antes de ver los hombres de esta raza, los aínos de la bahía de Volcano no son tan buenos tipos como los que encontré después en Saru-bets (río Saru), en Tokachi-bets (río Tokachi), en Kutcharo-bets (río Kutcharo) y en Ishikari-bets (río Ishikari).

Los aínos viven generalmente en la inmediación del mar ó de algún gran río donde la pesca abunde; de los que habitan cerca del río Tokachi los de Yeso son los que ofrecen el tipo más puro de su raza, porque los japoneses no han llegado aún hasta el interior de aquella isla.

Sufrí mucho en mi expedición al Tokachi, pues durante dos largos días no hubo más remedio que buscar camino á través de traidores pantanos y de un espeso y alto cañaveral, donde abundaban los osos negros y de pelaje amarillento. Dura tarea fué para mis dos caballos atravesar aquellos sitios y más particularmente para mí, porque no encontraba por allí vivienda alguna y de consiguiente me faltó el alimento. Afortunadamente, á unas cincuenta millas de la costa, en un sitio donde el terreno comenzaba á inclinarse en pendiente, el cañaveral terminaba, y pronto llegué á un pueblo de los aínos, conocido con el nombre de Yamakubiro. Aquellos habitantes eran mucho más velludos que todos cuantos había visto hasta entonces; las mujeres, casi del todo desnudas, distinguíanse por su repugnante suciedad, y casi enloquecidas por los ataques del «abu», enorme insecto conocido allí con el nombre de «mosca caballo,» así como por las picaduras de la «mosca negra,» pareciéronme una gran familia de monos. En aquel punto oí hablar de un pueblo más grande, llamado Frishiko-bets, poco distante del en que me hallaba; púseme en camino, y llegué á él á la noche siguiente. También allí pude observar tipos sorprendentes; tenían el cuerpo cubierto de una espesa capa de pelo negro, y barba desmesuradamente larga y poblada, por lo regular muy negra.

A una jornada de Frishiko-bets divisé la montaña de Otopke, con los Piri-bets (manantiales cálidos) que se hallan en el lado Nordeste, y también las montañas de Shikaru-bets-Occirsh (río de la roca blanca).



Los aínos velludos del Japón. – BENRY, jefe aíno de Piratori, en el río Saru

Los aínos se distinguen por su repugnante suciedad; jamás se lavan, y en esto ofrecen singular contraste con sus vecinos los japoneses. Esos naturales viven exclusivamente de la caza y de la pesca, y según parece, no profesan ninguna idea religiosa; pero manifiestan predilección á ciertos animales, como por ejemplo el oso en tierra y el salmón en el mar; las montañas, el agua, la luna y el sol son para esos indígenas las cosas más admirables; y cuando se entregan á sus libaciones derraman vino en honor del astro del día.

Los verdaderos aínos se visten con pieles y algunas prendas que confeccionan con la corteza del olmo; pero durante el invierno solamente usan pieles de oso, y utilizan la piel del salmón para hacer una especie de albarcas y grandes botas. El jefe de un pueblo viste por lo regular un poco mejor que sus subordinados, y lleva como distintivo en la cabeza, en las ocasiones solemnes, una especie de corona hecha con algas marinas. No se exige del jefe más que un valor á toda prueba, y su grado es hereditario.

Las mujeres aínas hacen uso del *tatuage* para la boca, los brazos y á veces la frente; mas el procedimiento es muy tosco, pues en vez de servirse de agujas impregnadas en el jugo vegetal, emplean la punta de un cuchillo. Cuando la operación se hace en la boca, tiene por objeto formar como un bigote que llega hasta las orejas, donde termina en punta. Así hombres como mujeres usan grandes pendientes, y cuando no pueden obtenerlos los sustituyen con un pedazo de madera ó de paño rojo. Aprecian en mucho los abalorios. En la bahía de Volcano y en Piratori (Sarugawa) las mujeres usan con frecuencia collares japoneses ó de origen chino. Más allá del Tokachi no vi señales de esos artículos de importación, porque las indígenas de allí se adornan con pedazos de madera.

Los aínos del río y del lago Kutcharo difieren muy poco de los otros: sus chozas tienen el tejadillo redondo en vez de puntiagudo. Los del río Ishikari se asemejan á los de Piratori, exceptuando los de Karafte, que han emigrado desde Saghalien para establecerse en la desembocadura del río. En las Kuriles se encuentran aínos en Kunashiri y en Etorofu, parecidos á los de Yeso; mientras que el Shikotán está poblado por una especie distinta de indígenas. Se titulan aínos de Kurilski, pero difieren por muchos conceptos de los demás tipos; solamente quedan hoy día unos sesenta hombres, y como la muerte hace en ellos grandes estragos, es seguro que á la vuelta de diez años, si no antes, no quedará uno solo de ellos.

Las viviendas de los aínos tienen el tejadillo formado con hierba ó largas cañas; en el interior no se ve más mobiliario que algunos tablones, y rara vez se encuentra nada que parezca un lecho, ni tampoco una mísera esterilla; las únicas aberturas en las paredes se reducen á una puertecilla y una pequeña ventana al Este, y en el techo se abre un agujero que hace las veces de chimenea: en algunas viviendas se ve algo semejante á un pórtico. Sus depósitos de víveres están construídos con pértigas, á suficiente altura para que los perros y los animales salvajes no puedan llevarse el pescado fresco y otros comestibles que se guardan para la estación fría.

El vocabulario aíno es sumamente pobre; aquellos naturales no tienen la menor idea de literatura, de libros ni de escritura, y apenas saben contar hasta cinco; de modo que es imposible averiguar la edad de cada individuo.

No estará de más decir dos palabras acerca del país.

En el imperio japonés, solamente se encuentran los aínos en el Hokkaido, nombre con que los naturales designan el grupo de islas que comprenden Yeso y las Chischinas, llamadas por nosotros Kuriles: las islas más pequeñas que se hallan fuera de la costa de la isla principal, es decir de Yeso, hállanse comprendidas también en la provincia de Hokkaido. Yeso y las Kuriles son en gran parte de formación volcánica, y aún se encuentran muchos volcanes en actividad, tanto en esa isla como en Kunashiri y Etorofu, y en las Kuriles se observan señales características de cráteres extinguidos, cubiertos ya por las aguas.

El Hokkaido es rico en minerales; y en el lago Kushiri y en Kunashiri se encuentran grandes depósitos de azufre. En otras partes de la isla principal abundan mucho el lignito y el petróleo, habiéndose encontrado allí algunas veces arenas de oro.

La costa es generalmente muy escabrosa, y no podría decirse que en el país abundan los terrenos buenos para la agricultura; pero en la región de Tokachi, cortada por el río del mismo nombre, hay espacios considerables que se podrían destinar al cultivo, aunque ahora están completamente desiertos. Sensible es que tan magnífico valle no esté habitado ni se utilice, cuando tanto partido se podría sacar de aquella tierra: allí prosperarían el trigo, la cebada, las patatas y varias legumbres, que sin gran dificultad podrían ser transportadas por el río. El suelo es muy fértil, y el clima mucho más benigno que en otras regiones del Hokkaido, pues la gran mole montañosa que los aínos llaman «el Opotateishike» preserva esa parte del país de los fríos vientos del Norte.

Me sorprendió mucho que del Nipón, principal isla del Japón, no emigraran muchos más habitantes, pues Yeso cuenta con muy pocos. Los japoneses que se han establecido en esa isla ocúpanse principalmente en las pesquerías, porque allí abundan los salmones, arenques, sardinas y otras especies, que con las algas constituyen los principales artículos de exportación.

En cuanto á las Kuriles, las tres islas de Kunashiri, Etorofu y Shikotán son las únicas habitadas; la serie de isletas, rocas y arrecifes que se prolongan hasta el Kamschatka están pobladas solamente por miles de gaviotas y otras aves marinas, que hallan allí seguro refugio para sus crías. Las Kuriles pertenecieron en otro tiempo á Rusia, pero hace algunos años que las cambiaron por la mitad Sur de Saghalien, que entonces era propiedad del Japón. Inútil parece decir que este último país ganó muy poco en el cambio, aunque las islas más grandes del grupo son ricas en minerales y la pesca constituye un elemento suficiente para sostener á los que se dican á esa industria.

El trayecto que yo recorrí en Yeso y las Kuriles fué de 4.200 millas, de las cuales 3.800 á caballo.

Enrique Savage Landor.



Los ainos velludos del Japón. – Aíno velludo de la costa Nordeste de Yeso preparando algas marinas para el invierno

SECCION AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Conclusión)

Misia Castulita preguntó á Pepe por qué no comía, y éste contestó que lo había hecho en Buenos Aires presumiendo llegar tarde á Belgrano.

No era esto cierto: sabía Pepe que siempre hubiera llegado á tiempo, pero al ver en la mesa al conde sentado entre Lelia y su madre, y después de oir que aquélla reía satisfecha á pesar de su ausencia, sintió un nudo en la garganta y otro nudo en el corazón y un vacío inmenso en el cerebro como si de él hubiese huído la sangre por un instante y le faltase la vida.

Merced á un esfuerzo valeroso, equilibróse de nuevo aquel organismo tan sensible como expuesto á graves accidentes y pudo contestar á D. Juan y hasta revelar una tranquilidad que no podía tener.

Mientras el Sr. Alonso felicitaba al orador por sus triunfos parlamentarios y forenses de aquel día, la *Garza* hablaba con el conde majestuosamente y como si la carcajada que á oídos de Pepe había llegado hubiera sido lanzada ex profeso por la joven, seria y grave de ordinario, para mayor mortificación del pobre celoso.

– Lelia no quiere enterarse de que he sido el héroe de la jornada bonaerense, dijo Flores con acento resentido.

– ¡Qué! ¿Qué hace Lelia?, preguntó ésta casi con indiferencia.

– Que no quieres enterarte de que Flores ha sido hoy el héroe de Buenos Aires, contestó el señor Alonso.

– ¡Si lo he oído!

– ¡Como no he recibido su felicitación!

– Si le hubiera de felicitar por triunfos de esa clase, ya me habían caído felicitaciones. Como que habla siempre y habla bien.

– Gracias.

Acabó la comida sin cosa de particular mención: Lelia y el conde hablando en inglés y no muy alto (Pepe creyó adivinar que habían arrinconado el francés por demasiado comprensible), los demás comensales tratando cosas indiferentes, y Flores acariciando su barba rizada y lustrosa, con los ojos clavados en su amada y el pensamiento batallando por penetrar el sentido de aquella conversación que al conde y á Lelia parecía interesar tanto.

Le hubiera sido fácil abandonar el comedor pasando al jardín ó al salón de fumar, pero el aplaudido tribuno era despiadado consigo mismo cuando se trataba de algo que tomarse pudiera por pobreza de espíritu.

Pasaron á la sala de juego á tomar el café. Lelia era la encargada de servirlo cuando estaban en el campo.

– ¿Y á mí?, le preguntó Pepe viéndola sentarse al lado del conde después de haber alcanzado á cada uno su taza.

– Supongo que lo habrá tomado usted en Buenos Aires.

– Pues supone usted mal: no lo he tomado.

– Como el café se toma en seguida de comer.

– Es que no he comido, replicó Flores bajando más la voz; ni he comido ni deseo comer, pero quisiera una taza de café servida por ti y quisiera que tomases el tuyo á mi lado.

– Me parece que no es cosa de faltar al conde.

– ¿En qué le faltas?

– Es nuestro huésped.

– Y asiduo; ha sido ayer presentado, y parece que le fué gratísima la estancia en esta casa.

– Debemos agradecérselo.

– Os dispensa mucha honra, ¿verdad?

– Al fin es un hombre perteneciente á la más alta nobleza de Francia...

– ¡Oh, sí!... Lelia, es necesario que hablemos.

– Ya estamos hablando.

– No, precisa que nos expliquemos: tú no querrás que yo me muera de celos y de rabia.

– ¿Quién te manda morirte? Toma tu café y déjame tomar el mío: el conde nos mira y seguramente que presume algo: estamos faltando á la etiqueta y á la educación.

– Yo no falto á nadie.

– Bueno: pues hasta luego.

Y la *Garza* dió algunos pasos para acercarse al conde.

Flores se puso de pie violentamente.

– O me das palabra de bajar al jardín conmigo después de tomar el café, ó no respondo de mí, dijo con ronco acento.

– No admito imposiciones, contestó la *Garza* irguiendo la cabeza.

– No te impongo nada; digo que no respondo de mí.

– ¿Qué harías?

– ¡Matarme!

– Bajaré, dijo secamente dejando á Pepe tembloroso y pálido con la taza del café en la mano.

Sentóse éste de nuevo y comenzó á revolver maquinalmente el líquido con la cucharilla sin quitar la vista del conde, que deshaciéndose en cumplidos recibía á Lelia, pareciéndole que la interrogaba sobre lo que pasado hubiera en la rápida escena que acabamos de transcribir.

Dos ó tres veces se acercó Pepe á Lelia para tomar la taza, si hubiese acabado; pero Lelia no tenía prisa y paladeaba el moka á pequeños sorbos.

Hubiera querido Flores que el conde le dijese: «No se moleste usted, yo estoy aquí;» pero el conde se limitaba á mirarle sin dirigirle la palabra; diríase que había adivinado las intenciones del que como á odiado rival lo miraba.

– ¡Y este hombre pertenece á una clase elevada!, pensó Flores; mentira: es un cobarde y los cobardes no pueden ser nobles en ningún concepto.

Ya no le fué á Lelia posible aumentar el líquido para prolongar los sorbos y se levantó: cuando Pepe y el conde á porfía pretendieron arrebatarle el platillo, habíalo ella dejado en la bandeja de que era portador un criado que por delante pasaba en aquel momento.

Dirigióse la *Garza* á las habitaciones interiores y dijo rápidamente al pasar junto á Flores: «Dentro de dos minutos estoy en el jardín.»

Poco más de uno habría transcurrido cuando Pepe abandonó el salón: no se le ocultó el juego al conde, que sonrió acercándose á *Misia* Cástula.

– Presumo, señora, que el padre de la patria no está muy satisfecho de mi presencia en esta casa: yo disculpo sus prevenciones porque en su caso hubiera sido celoso hasta de la luz; por lo tanto, escasearé mis visitas y...

– ¡Qué disparate! Si no hay nada formal, conde; no crea usted que la niña... Chiquilladas. Lelia no se ha comprometido porque tengo para mí que todavía no le ha llegado la hora de enamorarse... Pues no faltaba más que por delicadezas que honran á usted, pero que al fin son extremadas, nos privásemos del placer de verle diariamente... De ninguna manera. Harto corto será el tiempo que nos favorezca usted con su presencia... ¡Quién sabe si llegaremos algún día pidiendo hospitalidad al castillo de los condes du Boi!

– ¡Oh, señora! ¡Qué dicha para los viejos salones, tristes y desmantelados desde que murieron mis padres! Allí no había alegrías desde la caída del segundo imperio, con el cual mi padre transigía, y el pobre murió á los tres meses de república: no pudo sufrir este nuevo golpe después de las derrotas de la patria. Yo abandoné seguidamente aquellas soledades que me hablaban tan sólo de muertos y de grandezas pasadas: mandé cubrir con negros crespones los doscientos retratos que cuenta la galería del castillo, y había hecho propósito de no pisarle hasta que no encontrase una mujer amada que quisiese animar el cadáver de granito. Entonces lo hubiese restaurado dándole aspecto moderno y adecuado á las exigencias del amor y de la juventud. ¡Pero si ustedes fueran algún día! ¡Oh, si fueran ustedes!

La señora de Alonso no cabía en sí: ya se estaba viendo en el castillo du Boi compartiendo con la condesa su hija la tarea de dar hospitalidad á toda la nobleza *blanca* de Francia.

Entretanto Pepe Flores y Lelia se habían reunido en el jardín y sentádose en un banco de hierro bajo frondoso níspero del Japón.

– Y bien, dijo ella malhumorada. ¿Qué quieres? ¿Qué tienes que decirme?

– No debías preguntármelo.

– Pues te lo pregunto.

– Voy á contestarte; pero antes dime: ¿qué motivos he podido dar para merecer ese tono desabrido?

– ¿Motivos? ¿Te parece pequeño el de mostrarte celoso del conde y obligarme á salir del salón dando lugar á interpretaciones que no me sean favorables?

– Bien, Lelia; hay un medio de aplacar mis celos y de que la tranquilidad, que desde ayer he perdido,



Los ainos velludos del Japón. – Aíno velludo de la costa Nordeste de Yeso



LA MUERTE DEL TORERO, cuadro de D. Salvador Viniegra



UNA BACANAL, cuadro de Siemiradzki

vuelva á renacer en mi espíritu: señala la fecha de nuestro matrimonio.

– Ya sabes que nunca he demostrado impaciencias: yo no tengo prisa para casarme.

– Será preciso que la tengas: ayer me dijiste que aceptase la misión diplomática que el gobierno quería confiarme, y esta tarde he visto al presidente para...

– ¡Cuánta diligencia!

– No creo que haya nada que esperar.

– Ya he dicho que no tengo prisa.

– ¡Lelia, por Dios!, deja ese tono que tanto daño me causa. Jamás se me ha ocultado que tu cariño no estaba á la altura del mío: pretenderlo sería necedad; yo te amo con idolátrica pasión, y un amor tan grande no puede albergarse más que en mi pecho, ni puede inspirarlo nadie más que tú, tú que eres muerte y vida, luz y tinieblas, huracán y brisa, infierno aterrador y gloria codiciada.

– ¡Qué lindo mosaico!

– Pues eso eres tú para mí, Lelia; no me quejo: la dicha de poseer tu amor debe pagarse muy cara.

– Acabemos, Pepe; estamos haciendo falta en otra parte.

– La haces tú: yo maldita la que hago; pero acabemos. Quiero que decidas la fecha de nuestro matrimonio para fijar yo la de nuestra salida.

– Eso es imposible: una boda no se improvisa, y si he de decirte la verdad, todavía no estoy bastante decidida á casarme.

– ¡Lelia!, gritó con desesperación Flores.

– No alborotes: van á creer que pasa algo.

– ¡Lelia mía! ¡Lelia de mi alma! ¡Ten compasión de mí, ten compasión de mi madre!

– Pues no parece sino que yo le hago algo á tu madre.

– Sí le haces, Lelia: ¿acaso no se le hace nada á la madre cuyo hijo se asesina?

– No puedo consentir que profieras semejantes palabras: ni yo trato de asesinarte, ni debo continuar esta conversación por más tiempo.

– ¡Lelia, por Dios!, no te vayas: no me abandones; dime una palabra, una sola, dime que me quieres, ¡poco, ya lo sé!, pero siquiera como me querías ayer antes de conocer á ese maldito extranjero.

– Ya salió la *sonsera:* deja en paz al conde, que no tiene la culpa de nada.

– Pues dime que no has soñado con ser condesa, dime que persistes en ser mi esposa.

– Ya te he dicho antes que no estoy completamente decidida á casarme.

– Ayer lo estabas.

– Ayer no eras tan ridículo como eres hoy.

– Porque ayer, Lelia, era el más feliz de los hombres; me dejabas amarte, hablabas de nuestro viaje de novios, entreveía el cielo y no presumía que tan despiadadamente me hundieses en el peor infierno.

– ¡Concluyamos, Pepe!, dijo la *Garza* levantándose altanera.

– No, Lelia, no te marches así; déjame una palabra de consuelo; señala la fecha de nuestro casamiento, ¡vuelvo á suplicártelo!, y verás como no tengo celos de ese hombre, y verás como le trato con afecto...

– Es inútil que me pidas eso: hoy no podría contestarte.

– Pues necesito ahora mismo la contestación.

– Pues como no puedo darla, ¡adiós!

– ¡No!, dijo Flores con la voz ronca por el coraje, no te irás sin darme una respuesta categórica: antes que pasar otra noche como la de ayer, prefiero morir, añadió apretando las manos de su amada.

– ¿Me desafías?, preguntó Lelia irguiendo su altanera cabeza.

– No te desafío; desafío á mi corazón. ¡Contéstame!

– Puedes hacer lo que gustes; hoy no quiero decidirme!

– Es decir que si te digo firmemente: hoy ó nunca, me contestarás...

– ¡Nunca!

La *Garza* se encaminó serena hacia el salón sin volver una mirada compasiva al hombre infeliz que, abrumado por el más horrible de los dolores, se dejó caer en el banco, ocultó el rostro entre sus manos y lloró, lloró como en su despacho había llorado la noche antes.

Lelia entró en el salón sonriendo al conde, que al verla se puso de pie.

– ¿Y Flores?, le preguntó su madre.

– Se fué: acabo de quitarle toda esperanza.

– ¡Hija linda! Ya sabía yo que no era bastante para ti.

Entretanto Pepe Flores sollozaba en silencio bajo aquel níspero que tantas veces le había visto sonreir llamando hermosa á la mujer amada. El corazón, libre ya del peso de las lágrimas, latió con más regularidad, y las sensaciones, remontando las alturas, tomaron aposento en el cerebro.

Era aquel su momento de crisis: secó precipitadamente los párpados, ensanchó los pulmones con un suspiro hondo, muy hondo, y se puso de pie como si eléctricamente lo hubieran sacado de la postración en que yacía.

Era el orador fogoso del parlamento, era el letrado argumentando con fuerza de lógica, y relatando los contundentes artículos del código para convencer al tribunal cuyos miembros sin pestañear le escuchaban, pero no era el amante desdeñado por mujer venal, que torna los ojos á la desesperación cuando pierde la esperanza de que con amor vuelvan á mirarle los su amada.

Pepe Flores estiró correctamente su abrochada levita como si se dispusiese á comenzar un apóstrofe de los que le habían conquistado fama de polemista, y sin sombrero, como había salido de la quinta, se dirigió hacia la parte más obscura del jardín.

Vagaba errante, sin dirección fija, pero con la mente allí dentro, en aquel salón donde estaba ella, ella que hablaría con el conde, que le contaría tal vez lo que había pasado, y se reirían de él, de quien nadie se había reído, pero que en adelante serviría de mofa á la sociedad porteña...

¡Despreciado! Despreciado por causa de un desconocido, de un aventurero acaso... ¿Y por qué? Por un título que él no hubiera trocado por el suyo de abogado ilustre... Pero ¿qué haría sin el amor de Lelia? Nada: no quería vivir ni para su madre; su pena no cabía en el mundo; su talento para nada serviría; se volvería idiota; idiota, sí.

¡Pobre Pepe!

Cuando más negras eran las reflexiones que sus pesimismos hacían, hirió sus pupilas una luz; levantó los párpados y vió delante de sí, abierta, la puerta del pabellón destinado al jardinero: nadie aparecía por allí, ni rumor alguno llegaba á sus oídos.

Su mirada vagó por la reducida estancia y sintió un escalofrío mortal; acababa de ver una pistola pendiente de un cinto colgado á su vez de una escarpia.

Sin titubear, sin pararse á medir aquel exceso de cobardía impropia de su alma templada al fuego de las grandes ideas, y sin recordar á la madre amantísima cuyo desconsuelo debía ser mayor que la muerte misma, se lanzó dentro del pabellón, desenfundó el arma, levantó el gatillo, y loco, furioso, poseído de un vértigo cerebral que le presentaba la tierra confundida con el firmamento y los árboles del jardín bailando una espantosa danza macabra en rededor suyo, encaminóse á la escalinata que conducía al salón.

Subió los escalones y se disponía á entrar, pero quedó inmóvil en el dintel de la puerta. El conde se despedía y besaba cortesanamente la mano de la señorita de Alonso, que cual si á semejante costumbre estuviera habituada, se la abandonó como la soberana que con tal distinción honra á sus vasallos.

Pepe Flores vió la acción, y el recuerdo de la noche del baile abriéndose paso luminoso en el obscuro recinto donde sus recuerdos bullían sin orden ni concierto, vió á Isabel la Católica sentada en su improvisado trono y á Gonzalo de Córdoba arrodillado á sus plantas extasiado de amor. Pero el Gran Capitán no era él, era el conde du Boi, era su rival odiado á quien envidiaba todo Buenos Aires, mientras de él se reían, se reían sin piedad.

Con la cabeza echada atrás, el brazo izquierdo caído á lo largo del cuerpo, y la pistola empuñada con la mano derecha levantada á la altura de la sien, adelantó dos pasos; y antes que pudieran apercibirse de su presencia: «¡Viva la reina de las dos Castillas!,» gritó á tiempo que una detonación sembraba el espanto en los atónitos espectadores de tan horrible drama.

***

Han pasado tres meses.

Los señores de Alonso aguardan con impaciencia la primera carta que su hija, la condesa du Boi, debe escribirles dando detalles de su presentación á la nobleza de Francia.

La carta llega.

– ¡Qué tonta es Lelia!, dice *Misia* Cástula á su esposo. ¿A quién se le ocurre escribir en papel corriente? Lo más natural era que pusiese sobre coronado. ¡Hasta que no se vaya acostumbrando!...

El Sr. Alonso no pudo leer en voz alta los cuatro renglones que su hija les escribía; lanzó un grito indefinible y quedó paralizado por el espanto.

Su esposa, espantada también, se abalanzó sobre él para arrebatarle la carta, que leyó precipitadamente.

«Me embarco sola, decía, en el vapor próximo; estoy enferma: procurad que nadie sepa ni regreso. *Aquel hombre* era un impostor: hizo efectivos los dos millones y ha desaparecido dejándome lo necesario para volver á Buenos Aires. Os recomienda el silencio, vuestra hija.»

A los quince días una mujer vestida con un traje gris muy obscuro, y encubierto el rostro con el tupido velo de su sombrero de viaje, desembarcaba sola en el muelle de Buenos Aires. Nadie había salido á recibirla porque nadie sabía cuándo llegaba. Era Lelia, pero Lelia abatida, encorvada por el peso de la vergüenza: no era ya la *Garza Porteña.*

Eva Canel

NUESTROS GRABADOS

El sueño de la inocencia, grupo escultórico de Croisy. – La infancia se ofrece casi siempre á nuestros ojos bajo un aspecto encantador: en sus alegrías, en sus juegos, en sus mismas travesuras y aun en sus infantiles dolores abundan las actitudes y las expresiones realmente bellas que por fuerza han debido atraer y han atraído á los artistas. Pero de todos los momentos de la vida del niño, indudablemente el que tiene más atractivos es aquel en que, entregado al reposo, resplandece en su semblante esa angélica pureza que es patrimonio de la niñez, de esa edad en que el vicio no ha emponzoñado el alma, ni las pasiones gastado el corazón, ni los arduos afanes de la existencia quebrantado la lozanía física. En el hermoso grupo de Croisy están admirablemente expresadas todas estas bellezas, que el escultor ha sorprendido con fino espíritu de observación y ejecutado de un modo tan magistral que parece que en el duro y frío mármol ha penetrado un soplo de vida para animar las figuras de esos dos niños que acurrucados en amplia butaca duermen el sueño de la inocencia.

***

La consagración del Graal. – Gracias á la Sociedad Catalana de Conciertos ha podido conocer el público de Barcelona la pieza musical más grande de cuantas compuso Wagner, ese genio portentoso, ese revolucionario en el arte de los sonidos, que después de no pocas contrariedades ha acabado por vencer en toda la línea, imponiéndose aun á los que más reacios anduvieron en aceptarla. Esta pieza es la que constituye el cuadro segundo del primer acto de *Parsifal*, una de cuyas escenas, tal como se representa en Baireuth, reproduce nuestro grabado, es decir, la escena en que Anfortas consagra el cáliz con la preciosa sangre del Señor en presencia de los caballeros del Graal que prosternados adoran la divina reliquia.

***

La muerte del torero, cuadro de D. Salvador Viniegra. – No hemos de decir quién es Viniegra ni cuán alto puesto ha logrado en el mundo artístico: de sobra conocen nuestros lectores al ilustre pintor español por algunas de sus obras que en La Ilustración Artística hemos reproducido y por lo que á propósito de ellas hemos apuntado acerca de su autor que tan honroso lugar ocupa en la brillante colonia artística española de la Ciudad Eterna. *La muerte del torero* es un cuadro en el que se revelan las excepcionales dotes del señor Viniegra: hay en él estudio profundo de los tipos y de las costumbres, conocimiento acabado de los efectos dramáticos que con la paleta y el pincel pueden conseguirse y dominio completo de la técnica del arte pictórico. Las dos figuras son sentidísimas: aquel torero, compañero del muerto, dominado por la pena que no se traduce en lágrimas, pero que abate, y aquella mujer, esposa quizás, quizás amante del que yace cadáver en la estancia contigua, que estalla en una explosión de dolor y cuyo descompuesto semblante se adivina tras el pañuelo que lo oculta, son de conmovedora belleza. El resto del lienzo, triste, sombrío en todos sus detalles, hasta en las mismas flores que el altar adornan, armoniza perfectamente con la luctuosa escena y contribuye á acentuar la nota de sentimiento que en toda ella predomina.

***

Una bacanal, cuadro de Enrique Siemiradzky. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de este célebre pintor polaco y esto nos releva de señalar una vez más lo mucho que su nombre significa en la historia del arte contemporáneo. Ciñéndonos, pues, al cuadro que hoy reproducimos y en la imposibilidad de citar una por una las innumerables bellezas que contiene, sólo diremos que por la grandiosidad de su concepción, por la maestría con que están trazadas las figuras y los accidentes del paisaje, así los que claramente destacan en primer término como los que vagamente se distinguen en el fondo, por la vida que todo el lienzo rebosa y por el esmero con que aparecen tratados los más insignificantes detalles, *Una bacanal* es una obra digna del artista que concibió y por modo tan maravilloso trasladó al lienzo la *Cremación del cadáver de un jefe ruso en el siglo décimo*, cuya reproducción publicamos en el número 399 de La Ilustración Artística.

***

A la vejez, viruelas, cuadro de Renato Reinicke. – El autor de este cuadro figura con justicia en el número de los primeros dibujantes alemanes, y cuando trueca el lápiz por el pincel produce verdaderos primores en que la elegancia del colorido rivaliza con la intachable corrección y delicada finura de la línea. *A la vejez, viruelas*, en que tan deliciosamente están pintados los tipos del viejo verde y de las niñeras que se ríen del caduco Don Juan ó se entretienen en agradable charla mientras juegan los chiquillos á su custodia confiados, es una obra por todo extremo simpática por el asunto y admirable por su ejecución. En aquellas caras hay vida, en las figuras todas naturalidad, y en aquel jardín público en donde se desarrolla la escena aire y luz y notas admirables de perspectiva. El autor de *Petimetre* y *Petimetra*, que publicamos en el núm. 441 de La Ilustración Artística, merece una vez más nuestros entusiastas elogios.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Retiróse pocos pasos, pero sin apartar la vista del vapor que avanzaba ruidosamente, seguido de multitud de lanchas, las cuales se lanzaban en la estela que iba dejando para balancearse en aquellas ondas espumosas que en ciertos momentos parecían las del mar.

No parecía sino que aquella madre infeliz hubiese perdido la cabeza; no veía ni oía nada. Tan luego como estuvo en la quinta sola con su hija se la sentó en la falda y empezó á tocarla y á mirarla como para cerciorarse de que efectivamente era ella; luego la



Elvira permanecía inmóvil como una estatua en el borde del desembarcadero

La condesa no tenía paciencia para presenciar la maniobra que hacen los barqueros para amarrar, y se entretenía observando aquellas lanchas, llenas de alegres excursionistas que reían y bromeaban, meciéndose en el agua agitada.

Elvira en cambio miraba con afán toda aquella gente que se aglomeraba en el vapor para desembarcar más pronto; hubo un momento en que le pareció ver una cara conocida y dió un paso adelante, pero la multitud que bajaba no la dejó avanzar.

– Primero los que desembarcan, le dijo el guardián del desembarcadero haciéndola retroceder.

Pero ella había visto ya en el vapor al caballero de la cara conocida y detrás de él un sombrerito que tenía grabado en su mente; ya no oyó nada ni hubo fuerza humana capaz de contenerla; lanzóse al vapor, cogió entre sus brazos á la niña que llevaba aquel sombrero, y echó á correr como una loca por la carretera y luego por una vereda que iba á parar á la quinta.

La condesa y el caballero que había acompañado á la niña y que era el inspector de policía en persona, procuraron seguirla, mas viendo que les era imposible alcanzarla, acortaron el paso diciendo:

– ¡Pobre madre! Dejémosla entregada á su alegría.

abrazaba, la besaba, reía y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

– Mamá, decía la niña; ¡gracias á Dios que te he encontrado! ¡Qué contenta estoy! Pero ¿sabes que he tenido que dar la vuelta al mundo antes de encontrarte?

– ¿Sí? Cuéntame dónde has estado.

– ¡Si lo supieses! Lejos, muy lejos; he ido muchos días en ferrocarril; como te digo, creo que he dado la vuelta al mundo.

– Y él ¿qué te decía?

– ¿Quién? ¿Papá? Decía que me quería traer á tu lado, pero no me traía nunca; no me gusta estar con papá; me gusta estar siempre con mi mamá.

Y así diciendo le echaba los bracitos al cuello y le daba muchos y sonoros besos.

La pobre mujer creía estar en el paraíso; parecíale mentira tener á su Laura sentada en sus rodillas, y para asegurarse de que aquella felicidad no era un sueño pasajero, necesitaba tocarla, acariciarla, oirla hablar.

– ¿Eres tú de veras, Laura?, le decía. Habla, habla; necesito oir tu voz: ¡me hace tanto bien!

– Pues ya te hablo, mamá; ¿qué quieres que te diga? ¿Por qué no crees que soy yo? ¿Acaso no me esperabas? ¿No has sido tú quien envió á papá á buscarme?

– Sí, hija mía, yo he sido; pero es que estoy demasiado contenta de verte aquí, no te esperaba tan pronto... es decir, sí, te esperaba día y noche; pero no, no te vayas, hija mía, no te asustes; no sé dónde tengo la cabeza, pero es de alegría, de felicidad.

– Y ahora viviré siempre contigo, ¿no es verdad?, preguntó la niña.

– Sí, siempre; no permitiré que te vayas; así tuviera que ir al cabo del mundo, no me separaré más de ti.

Entonces la niña se puso también á saltar de contento, y madre é hija reían y decían cosas tan incoherentes que las dos parecían chiquillas ó locas.

El inspector de policía había querido encargarse personalmente de llevar á Laura; la situación de la pobre madre le había conmovido; había querido proporcionarse la satisfacción de presenciar aquella alegría y esperaba que Elvira le expresara de mil modos su gratitud; pero había sufrido una decepción al ver que ni siquiera le hacía caso, entregada como estaba al placer de haber encontrado á su hija, y casi se arrepentía de su excesiva solicitud.

Verdad es que en parte le compensó la amabilidad de la condesa Bice, que sustituyendo á su amiga le mostraba su agradecimiento y encomiaba su habilidad en haber logrado coger tan pronto á los fugitivos.

– No merezco esos elogios, decía el Sr. Bernardi; cierto es que he encontrado á la hija; pero el padre se me ha escapado.

– ¿Qué importa?, dijo la condesa. Déjelo usted huir con tal que no venga por aquí á atormentar á esa pobre mujer. Pero ¿dónde se ha metido? Es preciso buscarla; no conviene dejarla entregada mucho tiempo á su contento, porque también mata la alegría.

Y al decir esto se pusieron á mirar todos los rincones del jardín, hasta los más remotos, para encontrar á aquella madre feliz.

El ruido de un beso les reveló dónde se había ocultado con su hija.

Al notar Elvira, por el rumor de las hojas, que se acercaba alguien, cogió en brazos á la niña y se preparó á huir.

– No te asustes, somos nosotros, le dijo la condesa Bice; venimos á disfrutar contigo de tu júbilo.

La institutriz contemplaba con mirada incierta y suspicaz al Sr. Bernardi, y aunque no le era desconocida su cara, no podía recordar dónde le había visto.

– El señor es el que te ha traído á tu hija, dijo la condesa.

– Sí, mamá, dijo Laura; el señor es muy bueno; somos amigos, ¿verdad?

Y así diciendo se acercó á estrecharle la mano.

– Gracias, dijo Elvira volviéndose al inspector de policía; perdóneme usted, pero estoy tan nerviosa... Todo me da miedo; siento mucho que todos se hayan molestado por mí, he revuelto la casa; pero no tenía la cabeza firme, ni siquiera sé lo que he hecho; aún me parece todo un sueño... Necesito estar junto á Laura para creer que todo es verdad, que la tengo aquí; no creía verla más: ¡he padecido tanto!...

Pasó algunas horas como si estuviese ebria; no quiso comer y no se cansaba de contemplar y acariciar á su hija. Toda su alma estaba concentrada en aquella niña; para ella no existía el mundo.

Cuando el barón la vió con el rostro encendido y los ojos coloreados por la sangre, comprendió que su exaltación era excesiva y que debía tener calentura y la aconsejó que se retirase á descansar.

Elvira no quería dejar á su hija; pensó que Laura, después de viajar tanto y de las emociones experimentadas, necesitaba también reposo, mas para resolverla á descansar hubo que hacerle una cama junto á la suya.

Madre é hija se acostaron y pasó mucho tiempo antes que pudiesen cerrar los ojos, hasta que por fin se durmieron ambas cogidas de la mano.

X

Los primeros días que se siguieron fueron para madre é hija una verdadera luna de miel; siempre esta-

ban juntas, contentas y alegres y no querían ver á nadie.

El barón de Sterne y sus huéspedes las dejaban solas porque comprendían perfectamente que después de tantas angustias, de tantos temores, aquella madre necesitaba tener su hija exclusivamente para sí por algún tiempo.

Y esto era tanto más fácil cuanto que corría la época dedicada á pasatiempos y diversiones, y así como el barón había dejado á un lado su obra filosófica, así también quedaron suspendidas las lecciones de Sofía, y cada cual era dueño de hacer lo que mejor le cuadraba. El barón era uno de esos hombres que lo hacen todo con la mejor voluntad, por lo cual ponía á disposición de sus huéspedes sus criados, su casa, su jardín, sus barcas y les dejaba en libertad de vivir completamente á su gusto.

Podía decirse que en aquella quinta se llevaba una vida como en una fonda; cada cual podía pedir el almuerzo á la hora que le convenía, podía salir, quedarse en su cuarto ó bajar al salón, donde á ciertas horas se reunían todos los habitantes de la quinta. La comida era la que debían hacer juntos, pero bastaba que un huésped dijese que estaba cansado ó que le dolía un poco la cabeza para que se le sirviese en su habitación.

Madre é hija vivieron aisladas los primeros días y comían en su cuarto y daban solas largos paseos. Laura quería darlos en lancha á menudo, á veces deseaba hacer excursiones en el vapor y su mamá se apresuraba á satisfacer todos sus caprichos con extraordinaria condescendencia.

Un día dijo Laura que aquella vida la cansaba y que deseaba jugar con alguna niña. Elvira dijo para sí suspirando: «No le basto yo,» y se le llenaron los ojos de lágrimas.

– ¿Te he disgustado, mamá?, le preguntó la niña. Es que me aburro de estar todo el día sin jugar.

– Tienes razón, le dijo su madre; soy una egoísta; á tu edad es preciso divertirse.

Y pensó que necesitaba bajar de las regiones ideales y reflexionar seriamente en el porvenir.

Mientras en la quinta hubiese forasteros podía continuar dedicada únicamente á su hija; después hablaría con el barón y adoptaría una resolución; pero jamás consentiría en separarse de la niña, y en caso preciso se retiraría á vivir en un modesto piso, trabajaría, daría lecciones, con tal de estar siempre con su Laura; demasiado había ya sufrido por ella. Mas por el momento pensó hacer que jugara con Sofía.

Cuando las dos niñas se vieron por primera vez se quedaron confusas, sin atreverse á acercarse; luego, cuando se encontraban, se sonreían, tenían muchas ganas de hablarse, pero su timidez no se lo permitía.

Sofía, cuyo buen corazón lo adivinaba todo, había comprendido que era necesario dejar sola á Laura con su mamá, por lo cual, después de haber dado los buenos días á la institutriz, se iba á los prados con su corderillo, cogía flores en el jardín y luego iba á pasear con su papá y la condesa Bice.

– ¿Quieres jugar con Sofía?, preguntó un día Elvira á su hija.

– Sí, contestó la niña; pero antes hemos de ser amigas.

– Te he hablado tantas veces de ella, que es como si lo fuese.

– Me divertía más con mis amigas de colegio porque las conocía mejor, pero aquí forzoso será contentarme con Sofía.

– Pues vamos; pero ten presente que te permito jugar con Sofía en casa, en el jardín, en el bosquecillo y que no has de poner los pies sin mí fuera de la verja del jardín: ¿has oído?

– Sí, mamá. ¡Ea, vamos!

Y fueron á buscar á Sofía á su cuarto, al jardín, y la encontraron muy ocupada en dar de comer á los ratoncitos encerrados en su jaula.

– Si no me acordara yo de estos pobres animales..., dijo Sofía cuando vió á la institutriz; el papá tiene ahora mucho que hacer con los forasteros, tú no tienes tiempo, de modo que si yo no pensara en ellos... Mira cómo me conocen y cómo acuden todos á coger la comida: no, á aquel no quiero darle nada; es malo, es egoísta, todo lo quiere para sí; ven tú, que eres tan chiquitín, aquí, aquí; para aquél nada; ¡ajajá!

Laura estaba agarrada á la falda de su mamá, porque le daban miedo aquellos animalejos, por más que los veía en una jaula, y Sofía le decía:

– Ven, acércate, no hacen daño. ¿Quieres darles de comer? Prueba y verás cómo te diviertes.

– No, no, contestó Laura; tengo miedo, y quería irse.

Elvira atrajo á Sofía á su lado y le dijo:

– Aquí tienes á Laura que quiere jugar contigo; dale la mano y enséñale tus juguetes.

Sofía se quedó vacilando al ver á Laura tan tímida y remisa; luego se animó y tomándola de la mano le dijo:

– Vamos.

Y ambas se dirigieron á la casa: después de algunos instantes de silencio Laura empezó á preguntarle si su muñeca era grande y de qué color iba vestida. Estaba roto el hielo, y las dos niñas se pusieron á hablar como antiguas amigas mientras pasaban entre las plantas que rodeaban la quinta.

Elvira se quedó contemplando á las niñas; las siguió con la vista hasta que entraron en la casa y pudo oir el eco de sus voces argentinas; luego se sentó en un banquito cubierto de hiedra y se ocultó la cara entre las manos. Sentía que de ella se apoderaba cierta melancolía, y esto la disgustaba. Ahora que tenía á su hija á su lado, le parecía un delito estar triste; pero era desaliento, aprensión de verse sola, porque conocía que si ella concentraba todo su afecto y todas sus esperanzas en su hija, ésta, en cambio, necesitaba alegría, juegos, trato con otras niñas; luego tendría necesidad de otros afectos, y resonaba de continuo en su mente el eco de las palabras que Laura, en su infantil sinceridad, había pronunciado: «Mamá, me aburro,» era como una revelación de que su hija no sería enteramente para ella, y esto le hizo sentir un aislamiento, un vacío como no lo había sentido en su vida.

Pero fué cosa de un minuto; experimentó el dolor que se siente cuando se ve desvanecida una grata ilusión. Levantóse, dió un suspiro y pensó:

– Pues bien: si no le basto, en adelante no viviré sino para ella, y su felicidad será mi único objeto; quiero que sea tan dichosa como yo he sido desventurada.

Y con esta idea fija en su imaginación, fué á ver qué hacía su Laura.

La encontró con Sofía muy ocupada en jugar con una magnífica muñeca recibida de París; estaba muy contenta; las dos niñas eran ya verdaderas amigas. Sofía, que era complaciente por naturaleza y estaba acostumbrada á dejar sus juguetes á disposición de los huéspedes, dijo á Laura que podía jugar con ellos siempre que quisiese, y ésta, que jamás los había tenido tan bonitos, estaba muy alegre y se los enseñaba satisfecha á su mamá.

Desde aquel día observó Elvira su anterior género de vida: pasaba horas y horas con la condesa de Bice; por la noche se quedaba en el salón cuando las niñas se habían acostado, y si no estaba alegre, por lo menos se mostraba tranquila.

Entretanto, las hojas empezaban á secarse en los árboles, hacía ya fresco y muchos veraneadores se marchaban del lago; la condesa de Bice había anunciado también su próxima partida, y la quinta del barón iba á volver en breve á su acostumbrada quietud y silencio.

Elvira hacía mil proyectos para dar principio á una nueva vida; se aconsejó con su amiga, la cual le prometió proporcionarle una ocupación apenas estuviese de regreso en Milán; pero la idea de marchar de la quinta le oprimía el corazón, y aplazaba de día en día el momento de hablar al barón de su propósito.

Era sin embargo necesario adoptar una resolución; había determinado hablar tan luego como hubiese partido la condesa; pero había transcurrido ya una semana desde la marcha de ésta, y Elvira no había tenido valor para decir nada.

Por último, un día se encontró sola en el jardín con el barón, el cual, examinando una planta exótica que parecía estar marchita á causa del frío, decía que ya era tiempo de poner en el invernadero las plantas más delicadas.

– Habrá que pensar en tantas cosas ahora que viene el invierno..., dijo Elvira.

– Sí, habrá que encender las estufas, contestó el barón sonriendo.

– No me refiero á eso, repuso Elvira, sino á que no me quiero separar de mi hija, y naturalmente tendré que buscar una ocupación ó colocación en la que pueda vivir con ella...

No sabía cómo proseguir, y para no mirar al barón, se fingía muy entretenida en quitar las hojas secas de una mata.

El barón se quedó mirándola un rato como esperando que explanase toda su idea; pero la institutriz creía haber dicho lo bastante, y continuaba ocupándose en deshojar la planta.



Sofía... se iba á los prados con su corderillo...

– Sí, dijo por fin el barón, precisamente deseaba hablar á usted de ese asunto.

La institutriz levantó los ojos maravillada, pero no contestó.

– Quería rogar á usted, prosiguió el barón, no sólo que continuara usted aquí, porque de esto no hay que hablar, sino que viviera Laura con nosotros... No me lo agradezca usted; le aseguro que es un deseo egoísta, y no lo hago por usted, sino por mi hija. Desde que vino Laura, Sofía está más contenta, y aun me parece que mucho mejor de salud; he comprendido que nosotros no éramos una compañía bastante alegre y despreocupada para una niña tan joven: necesita alguien de su edad que corra, juegue y charle con ella. Nosotros somos demasiado graves, demasiado serios, y á fuerza de rozarse con nuestra formal gravedad, envejecería prematuramente. Tengo una verdadera satisfacción en que haya entrado aquí un elemento más jóven y más alegre; lo único que me pesa es que no se me ocurriese antes; hubiera sido mucho mejor para todos. Así, pues, no hablemos más de ello; haré cuenta de que tengo dos hijas y usted de que tiene dos discípulas en vez de una. Sofía creerá que tiene una hermana, y todos ganaremos... Conque estamos entendidos, y punto concluído.

Elvira hubiera querido interrumpir muchas veces al barón, habría deseado darle las gracias, expresarle todo su agradecimiento y rechazar tanta generosidad; pero él no le dió tiempo, y cortó resueltamente la conversación, entrando en la casa sin querer escuchar una palabra.

Elvira se había quedado, por otra parte, muda de sorpresa y comprendía que las palabras no bastaban para expresar la gratitud que sentía hacia aquel hombre; antes que decir demasiado poco, era preferible no decir nada.

– ¡Dios mío!, exclamaba comparando en su mente á aquellos dos hombres que ejercían tanto influjo en su existencia, ¡qué diferencia! El uno generoso hasta el exceso; el otro el colmo de la perversidad. Por una parte todo lo bueno; por la otra todo lo malo. ¿Por qué habrá en el mundo tantas injusticias? ¿Por qué ha hecho la fatalidad que encontrara antes al otro en mi camino?

Y cuando cruzaba este pensamiento por su imaginación, no le dejaba paz ni tregua, era como una monomanía.

Cuando pudo coordinar sus ideas, reflexionó si aceptaría la proposición del barón. Parecíale que si la aceptaba abusaría demasiado de la generosidad de aquel hombre sin igual; pero si se marchaba definitivamente de la hospitalaria quinta, temía que su hija padeciese sufriendo toda clase de privaciones. Ella estaba resignada á todo; pero ¿tenía derecho de hacer sufrir á su Laura, á la que tanto adoraba, cuando para labrar su felicidad le bastaba aceptar la oferta del barón? Además, ¿no era un bien para Sofía? El barón tenía razón. Laura era una compañera alegre y adecuada á su edad. Debía aceptar; era mejor para todos, y á fuerza de pensar en ello, le parecía que aquella combinación era la cosa más sencilla del mundo, y por espacio de algunos días estuvo casi contenta de no tener necesidad de preocuparse del porvenir.

Laura y Sofía se habían hecho muy amigas, se querían como hermanas, aunque á decir verdad á la hija del barón se debía, pues Laura tenía un carácter exigente y egoísta y que no hubiera podido avenirse sino con una niña dócil y buena que cediera á todos sus caprichos.

Tan luego como Laura vió los preciosos juguetes de Sofía, se los pidió para entretenerse con ellos, y ésta no se los negó.

– Como dice papá, pensó, es preciso ser amable con los huéspedes y sacrificarse por complacerlos.

Y cuando supo que Laura no era ya una extraña en la quinta, sino que la tendría allí siempre por compañera, siguió su sistema de cedérselo todo, porque decía: «Si juega con mis muñecas, yo puedo jugar con ella, que es mucho mejor, porque al fin y al cabo las muñecas no son más que pedazos de madera;» además de esto, se ponía tan contenta cuando podía complacer á alguien, que le gustaban más sus juguetes desde el momento en que tanto entretenían á Laura.

Así fué que ésta, entre las caricias de su madre, que no sabía negarle nada, y una amiga tan complaciente, que satisfacía todos sus deseos, crecía cada vez más exigente y egoísta, y le parecía que todo el mundo estaba obligado á ser condescendiente y amable con ella. Poco á poco llegó á ser un tiranuelo con faldas para Sofía, la cual no tenía más voluntad que la suya, la seguía á todas partes como un perrillo y bastaba que Laura le indicase el deseo de correr, jugar ó pasear para que al punto se doblegase á él.

A Elvira no le pasaban inadvertidas estas cosas; pero llena de indulgencia para con su hija, pensaba: «¡Pobrecilla! Es algo voluntariosa, mas tiene pocos años y ya se enmendará;» y si Sofía protestaba á veces y no quería prestarse al capricho de Laura, la institutriz apelaba al buen corazón de aquélla, diciéndole: «Vamos, contenta á Laura; es desgraciada, pobre y sin padre; no le acibares sus pocos momentos de alegría;» y Sofía cedía al punto.

Con motivo de las fiestas de Navidad, Laura demostró todo el egoísmo de su carácter. Por entonces el barón solía trasladar por un par de meses toda su familia á Milán, donde alquilaba un piso amueblado, algo distante del centro de la ciudad. Acostumbraba pasar aquella fiesta en familia, convidando á algunos amigos y dándole cierta solemnidad, según uso de su país.

Empleaba la semana que precedía á las fiestas en comprar regalos para Sofía y para todos los de casa sin olvidar á nadie, y estos regalos se destinaban á adornar un soberbio árbol de Navidad, que mandaba instalar en la mejor habitación, resplandeciente de luces y de objetos brillantes. Abríase aquella habitación la Nochebuena con gran júbilo de Sofía, que hablaba de aquella fiesta todo el año, y á menudo se le aparecía en sueños el árbol de Navidad cargado de dulces, juguetes y luces.

LAURA

Laura y Sofía, cogidas del brazo, entraron en la sala donde estaba el árbol de Navidad

En aquella noche solemne, Laura y Sofía, cogidas del brazo, entraron de pronto en la sala donde estaba el árbol de Navidad seguidas del barón, de Elvira y de todos los criados. Quedáronse como fascinadas ante aquel espectáculo, y no bien hubo visto Laura su nombre en una esquina, acercóse con curiosidad y se puso muy contenta al ver un hermoso vestido, una bonita muñeca y otros juguetes que deseaba ardientemente; pero su alegría se convirtió en seguida en llanto cuando vió que Sofía tenía una preciosa muñeca vestida de seda, que andaba sola, mientras que la suya ni siquiera se tenía en pie.

No, la suya no le gustaba ya; quería una como la de Sofía.

Por más que su mamá le dijo que á Sofía se la había enviado una tía de Berlín y que en Milán no había muñecas como aquella, Laura pateaba, gritaba, lloraba y decía que quería absolutamente una como aquella.

Sofía estaba afligida al ver perturbado por su amiga el contento de tal fiesta, y con su bondad especial se acercaba á ella diciéndole:

– No llores, Laura; jugaremos las dos con esta muñeca.

Pero Laura contestaba que quería una para ella sola y seguía llorando.

Por último, cansada Sofía de verla llorar, le dijo:

– Tómala, tuya es; será mi regalo de Navidad, y se enjugaba una lágrima pensando en el sacrificio que hacía, porque la muñeca en cuestión era preciosa y sentía mucho privarse de ella.

– No quiero, dijo Laura secamente.

– Es para ti, y debes quedártela, insistió Sofía haciendo ademán de dársela.

– Eres un ángel, dijo á su vez el barón abrazando á su hija.

Pero Laura no quiso aceptar la muñeca, antes al contrario la humilló la generosidad de Sofía, y dijo:

– No quiero esa; quiero otra igual.

Su madre aquella vez no quiso ceder, y cogiéndola del brazo, se la llevó á su cuarto donde la encerró mientras siguiera llorando; pero Laura no se sosegó hasta que, ya muy avanzada la noche, cuando todos dormían en la casa, fué muy quedo al cuarto de Sofía, y cogiendo la muñeca, rompió el resorte que la hacía andar.

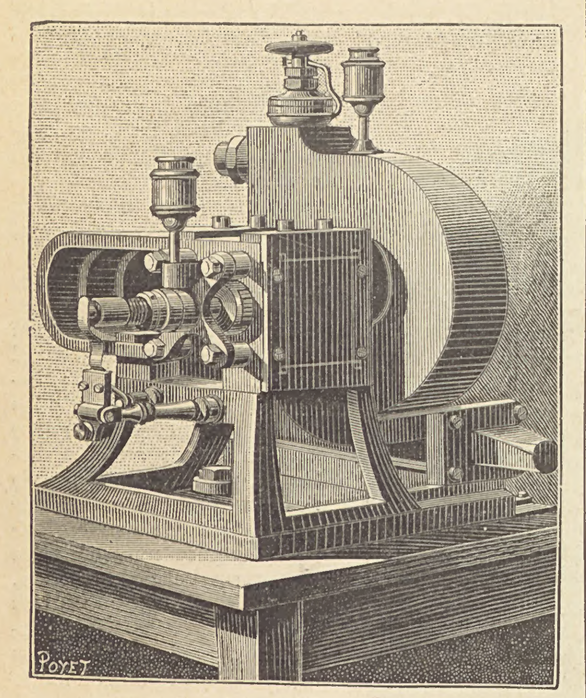
Cuando Sofía la encontró rota á la mañana siguiente, creyó que el percance fuese efecto de una caída y no sospechó de su amiga, como tampoco Elvira supuso á su hija capaz de semejante acción, y aunque le doliese ver á su Laura de índole tan diferente de la de Sofía, la disculpaba reflexionando en la diversidad de sus respectivas posiciones y decía: «El mundo es muy ingrato; todos nacen y mueren del mismo modo, pero ¡cuánta diferencia durante la vida!»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MOTORES HIDRÁULICOS

Además de los motores de gas de débil potencia, existen motores hidráulicos de igual género que pue-



Máquina dinamo unida á un motor hidráulico Dulait

den ser directamente utilizados con las distribuciones de agua establecidas en las poblaciones.

Hay entre otros una turbina llamada *Chicago Top*, de una potencia de dos kilográmetros por segundo, y los hay también que pueden dar una centésima parte de un caballo de fuerza, ó sea cerca de un kilográmetro por segundo, y que funcionan á débiles presiones, de tres y medio á cuatro kilogramos por centímetro cuadrado. Nos referimos á los motores hidráulicos de la conocida casa J. Dulait, de Charleroi (Bélgica). Estos motores son turbinas con cangilones de reacción. El agua llega con presión á un punto que denominaremos inyector y se transmite á una rueda movible alrededor de un eje que lleva los cangilones: esta última parte se denomina receptor. Estos motores son notables por sus pequeñas dimensiones, por su poco peso, por la facilidad de manejarlos y por su rendimiento que puede llegar á 70 por 100 en los motores de potencias más elevadas, y aun exceder de este valor. Cada motor lleva un regulador de consumo de agua que permite reducir el gasto en proporción á la potencia producida. Las aplicaciones son muy numerosas y variadas: aplicaciones á bombas centrífugas, á sierras circulares, á tornos, á máquinas de coser y de taladrar, etc. Dos de ellas, sobre todo, merecen especial mención. La casa Dulait ha montado directamente en el árbol de los pequeños motores de este género máquinas dinamos que producen un caudal de energía eléctrica de débiles dimensiones. El grabado que reproducimos representa un aparato de este sistema llamado *dinamo-hidromotriz*. Estas máquinas colocadas en la base de grandes pilares que sostengan lámparas de arco pueden proporcionar á éstas energía eléctrica.

Los pilares adoptados á este objeto se componen de un zócalo que presenta un espacio suficiente para instalar el aparato, de un mástil elevado y de una flecha de hierro que sostiene uno ó varios focos eléctricos. Cada pilar puede alimentar lámparas de arco ó incandescentes en número variable. Si el funcionamiento queda por cualquier causa interrumpido, un resorte cierra inmediatamente el paso del agua. En el caso del alumbrado eléctrico los motores hidráulicos van provistos de reguladores destinados á mantenerlos en una velocidad angular constante, sean cuales fueren las variaciones de la carga eléctrica y de la presión de agua.

Esta clase de instalaciones funcionan ya desde hace muchos años en Bélgica, especialmente en Lieja y Charleroi, con presiones de agua de 4 kilogramos por centímetro cuadrado. Haremos también mención de los hidro-ventiladores basados en el mismo principio, pero con la diferencia de que los motores son de dimensiones más reducidas y los dinamos están reemplazados por pequeños ventiladores. El funcionamiento de todos estos aparatos sería muy útil y ventajoso; pero por desgracia no es siempre posible, especialmente en las grandes poblaciones. En París, por ejemplo, la presión de las aguas de distribución no excede de dos y medio á tres kilogramos por centímetro cuadrado. Además, en ciertas instalaciones podría ser difícil establecer motores hidráulicos. Por esto, sin desconocer las cualidades de estos últimos, creemos que son muy preferibles bajo todos conceptos los motores eléctricos, que hoy se prestan á las mayores y á las más débiles potencias y cuyo gasto será muchas veces bastante menor, amén de ser menos complicada y molesta su explotación.

J. LAFARGUE.

***

LOS GEMELOS FOTOGRÁFICOS

Innumerables son los aparatos fotográficos que en la actualidad existen, y cada día surgen nuevas modificaciones, siendo difícil para el aficionado la elección, porque cada constructor ha procurado responder á un fin especial, no existiendo, que nosotros sepamos, ningún aparato que pueda llamarse universal.

Siempre tendremos tres grupos principales: el modelo antiguo de cámara de fuelle que reune las condiciones de largo tirado para el empleo de objetivos de foco diferente, postura á foco y decentración; el aparato almacén que bajo la forma de una caja rectangular contiene todo el material; y finalmente la cámara de bolsillo que puede ser cualquiera de las anteriores, pero de dimensiones reducidas. Todos estos sistemas tienen su razón de ser y su utilidad según los tiempos y los lugares en que deben ser empleados.

Otra de las preocupaciones de los constructores ha sido también algunas veces la de disimular el aparato de modo que pueda obtenerse con él un clisé sin que lo advierta la persona á quien se retrata, lo cual ofrece cierto interés sobre todo para los artistas que buscan la verdad en las actitudes de los personajes. Pero aparte de algunos aparatos que permiten lograr imágenes casi microscópicas, cabe afirmar que en este género no se encuentra un instrumento perfecto.

M. J. Carpentier, el hábil ingeniero electricista que en sus horas de vagar es también un distinguido fotógrafo aficionado, ha tratado de resolver este problema, y nos parece que ha conseguido su intento, apelando á un término medio que consiste en obtener un clisé de tamaño suficiente (4'5 × 6) y ampliarlo fácilmente á 13 × 18 por medio de un instrumento especial de muy fácil manejo. Su aparato fotográfico reviste la forma de unos gemelos de teatro (núm. 1 del grabado) que pueden llevarse en bandolera en un estuche provisto de una correa y hasta en el bolsillo, y contiene 12 cristales que se cambian automáticamente. Para operar se aplican los gemelos á los ojos (núm. 2), y para los que no estén prevenidos el operador más que sacar un clisé parece estar mirando el paisaje.

El aparato está provisto de dos objetivos: el uno, destinado á impresionar el cristal, reune todas las cualidades de un buen objetivo fotográfico; el otro, de igual foco, sirve para apuntar. La imagen que produce es recibida por un cristal opaco y puede verse por un agujero G (núm. 4) practicado en la parte posterior de los gemelos y provisto de un cristal encarnado que da una imagen monocroma; esta combinación permite que el operador pueda mejor darse cuenta del clisé definitivo. Cuando se mira en una cámara obscura ordinaria la imagen con todos sus colores, se está expuesto á equivocarse respecto del valor relativo de los distintos tonos que en el clisé fotográfico aparecerán de un solo color. Recomendamos el empleo de este procedimiento, aplicado ya á algunos ajustadores que pueden adaptarse á cámaras de cualquier clase.

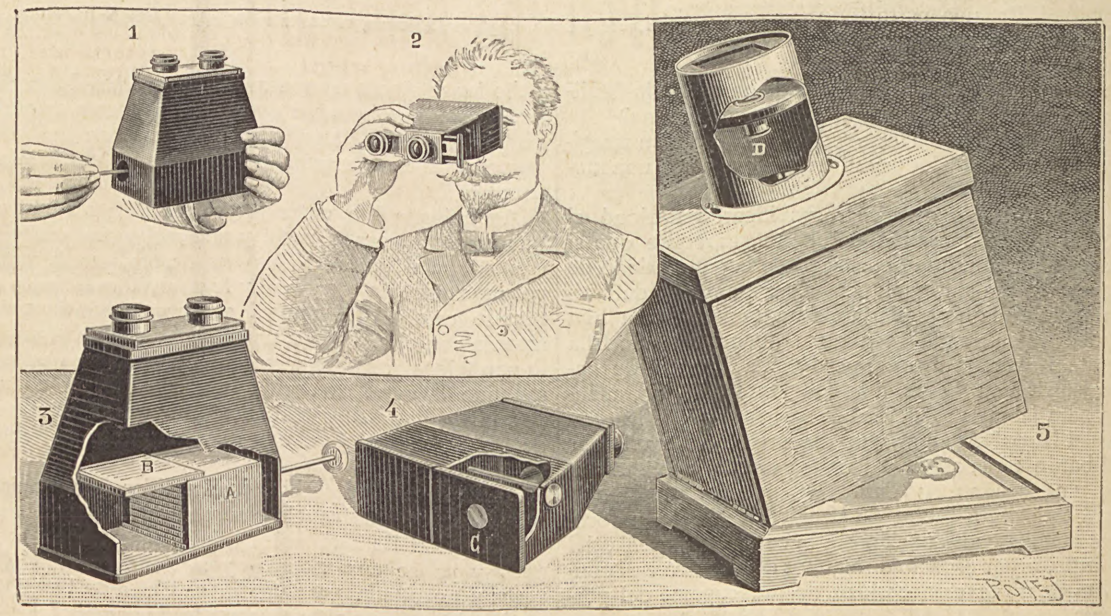
Pero volvamos á los gemelos. Detrás de los dos objetivos deslízase una plancha de metal con un agujero, que es el obturador de guillotina sencilla y está dispuesto de manera que pueda montarse sin descubrir la placa sensible, siendo por ende inútil cerrar el objetivo con un tapón: además, tan sólo estando montado permite ver la imagen en el apuntador, segunda precaución útil, pues de esta manera no puede el operador olvidarse de montarlo en el momento de operar.

Los cristales sensibles están encerrados en pequeños marcos de metal independientes que se colocan unos encima de otros detrás de los gemelos en un cajón A (fig. 3): la primera placa recibe la impresión en el momento en que se suelta el obturador oprimiendo un botón colocado entre los dos objetivos. Para reemplazar la placa impresionada por otra, se tira de un botón puesto en un lado de los gemelos, haciendo de esta suerte mover el cajón A (núms. 1 y 3): el primer cristal B permanece de pronto en su sitio, pero luego, cuando se tira del cajón completamente, cae al fondo y pasa á ser el último del paquete cuando aquél ha vuelto á su sitio normal, quedando entonces el de encima dispuesto á recibir la impresión.

Se observará que con este movimiento los cristales quedan colocados delante del objetivo del apuntador, pero esto no ofrece inconveniente alguno, pues como entonces el obturador no está montado, el apuntador encuéntrase cerrado, como hemos indicado antes. Además, como cada marco lleva al dorso su número de orden, con este movimiento el número aparece delante del cristal encarnado C (n.º 4) de modo que puede verse siempre cuántos marcos quedan utilizables todavía.

Como se ve, nada más sencillo que obtener con los gemelos y sin ser observado una serie de clisés que tirados en sus propias dimensiones constituirán ya documentos preciosos y que por medio del marco ampliador de M. Carpentier podrán dar fácilmente otros de 13 × 18. El aparato de ampliación (n.º 5) se compone de una caja cuadrada cuyo fondo se abre por sistema de charnelas y tiene un cuadro en donde puede colocarse una hoja de papel sensible al gelatino-bromuro.

Esta operación se efectúa naturalmente en el laboratorio. La parte superior de esa caja va provista de un cilindro cuyo extremo presenta un sitio destinado á recibir el pequeño clisé. Un objetivo D fijado de un modo inmutable reproduce la imagen ampliada y positiva en el papel sensible, bastando para ello salir del laboratorio y exponer por un momento el aparato bien sea á la luz difusa, bien á la artificial, sin ocuparse de la colocación de la placa ni de la postura á foco, pues todo está previamente arreglado. De modo que pueden tirarse rápidamente varios clisés ó varias pruebas de un mismo clisé, procediendo luego á desarrollar y fijar por los procedimientos ordinarios.



Gemelos fotográficos de M. J. Carpentier (núms. 1, 2, 3 y 4) y aparato para ampliar las pruebas (n.º 5)

Hemos hablado de clisés instantáneos, pero pue-

de ser útil la postura y en este caso se emplea un dispositivo especial que ocupa muy poco sitio que permite fijar los gemelos sobre un pie operándose entonces con un tapón ó con un obturador de postigo que se coloca en el extremo del objetivo. El operador puede de esta suerte obtener excelentes resultados.

De lo expuesto se desprende que el material inventado por M. Carpentier es completo y responde al fin que se propuso el inventor, que no ha sido otro que tener aparatos que estorben poco y permitan obtener un clisé fotográfico sin llamar la atención y poseer una prueba positiva bastante grande para constituir un documento útil.

G. MARESCHAL.

CONSUMO DE CARBÓN EN EL MUNDO ENTERO

Un estadístico ha procurado determinar aproximadamente el consumo anual de carbón en el mundo entero. Para ello, lo divide del modo siguiente: *Vapor para motor.* Calculando que la potencia total de los motores de vapor es de diez millones de caballos y que la cantidad de carbón quemado es de 2 kg. por caballo y hora por término medio, el consumo total es de 12.000 toneladas por hora, pero esta cifra parece corta, porque ciertos autores aseguran que la potencia total de los motores del globo llega á veinte millones de caballos. – *Gas del alumbrado.* El consumo por hora de este gas se calcula en cinco millones de metros cúbicos, lo cual requiere la destilación de 10.000 toneladas de carbón. – *Gas de caldeo y fuerza motriz.* Puede admitirse que el consumo asciende á 4.500 toneladas por hora. – *Metalurgia y talleres.* Como agente de tratamiento de minerales, el consumo de carbón llega á 9.000 toneladas por hora y el de las fábricas y talleres á 5.000. – *Usos domésticos.* Este cálculo es más difícil, y el consumo mucho mayor; sin embargo, se estima en 1.320,000 toneladas diarias.

Por lo que respecta á la producción diaria de carbón en todas las naciones es de 1.500,000 toneladas; Inglaterra y Alemania producen por sí solas 600.000 toneladas anuales.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Los de la Mutua de Elogios, por *José Ferrel (Angel Franco)*. – No hemos de juzgar este libro en lo que á su fondo se refiere: ni conocemos á los poetas y críticos objeto de sus sátiras, ni estimamos bastantes para juzgar sus obras los fragmentos que de ellas cita el Sr. Ferrel, por considerar imperfecto este procedimiento, ya que *aliquando bonus dormitat Homerus.* Conste, pues, que no aceptamos ni rechazamos la idea que preside en el libro que nos ocupa. Ahora, en cuanto á la forma, es decir, al modo como satiriza el Sr. Ferrel, su obra está escrita en elegante y castizo castellano, hay en toda ella una gran dosis de gracejo, atinadas observaciones y varapalos perfectamente dados, pues en realidad los defectos que señala los merecen. *Los de la Mutua de Elogios* nos recuerda en muchos puntos las obras análogas del incomparable don Antonio Valbuena, aunque Angel Franco pega con más dureza, y eso que no peca de suave Miguel Escalada. – El libro ha sido impreso en Mazatlán (México).

*
* *

Novelas del lunes, por *Alfonso Daudet*. – Este libro es de los que no se dejan de la mano sin leerlos de un tirón; pocas veces hemos sufrido tan gratas emociones como las producidas por su lectura. Se trata de una colección de novelas cortas, escritas con el arte supremo que todos reconocen en el famoso escritor francés. Forman un volumen elegante y grueso que se vende á tres pesetas en las principales librerías.

*
* *



Á LA VEJEZ, VIRUELAS, cuadro de Renato Reinicke

Estudios de psiquiatría y antropología criminal, por *César Lombroso*. – Este es el primer libro que ve la luz en castellano del famoso antropólogo criminalista, y en verdad que, si hemos de juzgar por él, es digno del renombre universal que goza.

Obra indispensable á los médicos y abogados que quieran conocer el progreso del positivismo aplicado á la jurisprudencia, es también de gran interés para los profanos por las curiosidades que encierra. – Se vende á tres pesetas en las principales librerías.

*
* *

Casa de muñeca, por *Enrique Ibsen, con un estudio preliminar por L. Passarge*. – Este libro, que acaba de ver la luz, es una verdadera novedad en España. El famoso Ibsen era entre nosotros popular por el nombre, pero desconocido por completo en cuanto á sus obras. El estudio del eminente crítico alemán Passarge que precede al libro da á conocer la vida y méritos del famoso autor que tanta influencia tiene sobre el teatro contemporáneo. Hay que leer *Casa de muñeca* para sentir emociones y conocer la evolución literaria que se está verificando.

Se vende esta obra, elegantemente impresa, á tres pesetas en las principales librerías.

*
* *

Apariencias, por *Federico Gamboa*. – Cuantos elementos pueden contribuir á hacer agradable la lectura de una novela, reúnelos la que con este título ha publicado en Buenos Aires el Sr. Gamboa, correspondiente de la Real Academia Española. La acción se desarrolla naturalmente y con interés siempre creciente, los caracteres de los personajes están perfectamente trazados y bien sostenidos, la lucha de pasiones surge lógicamente y lógicamente camina al desenlace dando lugar á escenas de gran fuerza dramática, y por último el estilo es castizo, elegante, sobrio y exacto en las descripciones, justo en la pintura de los sentimientos y matizado de pensamientos bellísimos y de imágenes originales y de gran relieve. – *Apariencias*, que forma un tomo de 600 páginas, ha sido editado por D. Jacobo Peuser (Esquina San Martín y Cangallo, Buenos Aires).

Imp. de Montaner y Simón